Abordo de mí mismo

Jordi Silva

Capítulo 1

PRIMERA PARTE

No ficción

"- ¡Qué va! La literatura sirve esencialmente para nada.

- ¿Verdad? ¿Usted cree eso, Fernando?

-No. No sé. Es que… a veces pienso que, si la literatura sirviera para algo, nada más con leer a Tolstoi ya los hombres seríamos buenas personas".

Fernando Molano. Vista desde una acera.

UNO

ENCUENTRO

Mientras esperaba que el semáforo cambiara de color, tomado de la mano de su padre, un perro no quiso respetar las reglas que no le incumbían y paso la calle. El niño se quedó mirando cómo el animal pasaba tranquilamente al otro lado, mientras a su alrededor las personas caminaban sin detenerse, simplemente caminaban hacia algún lugar. En esos segundos que transcurrieron entre el verde y rojo del semáforo, para él solo existía el perro y su caminar, luego el mundo siguió su rumbo. Un carro pasó por delante del muchacho y arrolló al perro. Nadie se detuvo. El carro siguió su camino. La criatura quedó en el pavimento, ya no había nada, solo una mancha roja revuelta con los pelos negros del animal. El niño se quedó viendo la escena, nadie lo apartó, nadie recogió el cuerpo. El semáforo cambió a rojo y todos pasaron, incluidos él y su padre. No

podía dejar de mirar, era el único que miraba como un ser vivo dejaba de serlo.

Que la vida pasara durante una clase era más bien triste. Felipe había llegado muy temprano a su primer día en la facultad de derecho. Durante todas las vacaciones su único motivo para soportar esos días interminables en la insoportable casa familiar era la entrada a la vida universitaria. Su familia durante mucho tiempo le dijo que debía llegar a ser alguien en la vida, así que veía en la universidad la respuesta a todas sus preguntas de adolescente pueblerino. Ahora que estaba sentado en una silla del rincón izquierdo del salón de clases, viendo como el profesor hacía una breve charla sobre el porqué una carrera como derecho en este país era importante y como los que estaban sentados en este lugar eran el futuro del cambio, solo sentía aburrimiento.

Felipe era un muchacho de veinte años que hace diez días vivía en la capital. Solo, en una habitación muy cerca de la universidad, en ese tiempo la selva sin árboles y toda neblina que era Bogotá se había convertido en su hogar. Para él, que había vivido tanto tiempo en un pueblo alejado de la mano de cualquier persona cuerda, estar en ese lugar donde nadie lo conocía era relajante, lo que pasaba fuera de su ciudad no era de la incumbencia de nadie. Se dedicaba a vivir los días uno por uno, sin ningún afán y solo preocupándose por los problemas de un joven. Ahora esos problemas eran las clases de su segundo hogar. Mientras el profesor seguía hablando sobre la necesidad de un cambio en las mentes colombianas, Felipe solo miraba sus labios moverse al compás de las palabras, labios rojos como si se hubiera aplicado algún labial y coronados con un bigote que luego se convertía en una espesa barba. Pasaba de sus labios a sus ojos verdes, tan verdes como unas hojas de un árbol al término de una llovizna. Habría que mirar cuales eran sus prioridades.

Alrededor suyo, sus compañeros no prestaban mucha atención a lo que el profesor decía, unos se quedaban viendo el celular y otros estaban más preocupados por hacer amigos antes de que acabara el día. Así pasó la primera clase. Introducción al derecho se podría llamar Introducción al aburrimiento. Dejaron lecturas para la próxima clase. El profesor de ojos verdes se despidió y salió. Los estudiantes salieron detrás de él. Felipe se quedó sentado, viendo al tablero y las anotaciones que se habían dejado.

- ¿No vas a salir? – una voz femenina lo sacó de su trance. Giró su mirada hacía la puerta y vio a una joven de pie junto a ella. Con el pelo largo y liso, con unos ojos penetrantes, pero de un café muy claro. Toda ella emanaba seguridad.

-Estaba viendo lo que escribió el profesor en el tablero. Es gracioso como

confunde la r minúscula con la mayúscula.

- ¿Eso te parece gracioso? – la chica soltó una carcajada que de seguro media facultad escucho – pues hay que ver lo que ahora parece gracioso. Ese profesor esta bueno, pero a veces se le va la cabeza en temas que a los de primero no les importa.

- ¿No eres de primer semestre? Pero…

- Perdí esta clase hace dos semestres porque no entraba, era muy aburrida con el viejo Fernández. Estaba esperando que Carlos la diera, así que no, no soy primípara.

Felipe no entendía cómo una muchacha dos semestres adelantada le estuviera hablando. Y más aún porque para él, que no entendía mucho de la belleza femenina, la veía muy guapa. Luego quedó más sorprendido por lo que ella le propuso. "¿quieres ir a comer algo?". En el colegio comía solo, en un rincón del jardín que rodeaba al edificio principal, no porque nadie lo quisiera o porque odiara a todos, solo que era más agradable comer sin tener que responder a cada rato alguna pregunta de sus compañeros. Pero era un nuevo lugar, nueva vida, por llamarlo de un modo importante, así que acepto ir con la desconocida de tercer semestre a comer.

-Soy Laura – fue todo lo que dijo la chica cuando comenzaron a caminar por el pasillo principal.

-Soy Felipe – él también decidió solo decir eso. Pensaba que ya habían hablado lo suficiente, que ya tendrían tiempo de hablar largo y tendido. Así fue.

-La marcha de ayer fue más larga que la de la semana pasada. – Laura se sentó al frente de Felipe en la cafetería. Tenía unas ojeras que acentuaban su miraba penetrante – estoy tan cansada que podría dormir hasta final de corte. Menos mal ya se acabará esta cosa. – habían pasado tres meses, casi todo el primer semestre de su carrera desde que Laura lo saludo en el salón de clase, y hasta ahora habían hablado todos los días y continuamente almorzaban juntos. No es que Laura no tuviera más amigos, tenía y muchos, pero al parecer le gustaba pasar tiempo de calidad con su nuevo amigo primíparo.

-No deberías trasnocharte después de estar caminando media ciudad. Tienes cara de haber tomado. Ni en los paros tu paras, ¿no mujer? – Felipe había desarrollado una confianza hacia la chica en muy poco

tiempo, y le hacía chistes, bueno lo que él pensaba que eran chistes.

- Solo fueron unas polas, hay que celebrar después de severa caminata, pero trasnoché haciendo los trabajos de derecho penal, no me creas tan vaga. – después de las marchas que los estudiantes de las universidades públicas habían realizado la semana pasada, Felipe pensó que por fin se acabarían, pero no, el gobierno no quería entablar conversación y ellos al no ser escuchados siguieron haciendo marchas. ¿Qué tanto le cuesta a ese presidente y su séquito escuchar unas personas que solo quieren estudiar decentemente?

-Conozco cuantas polas son unas polas. – cada viernes se iban a tomar con los amigos de Laura. Antes no tomaba tan seguido, si había probado la cerveza y le gustaba, pero no le mataba tomarla tan seguido. Iba con ella por el simple hecho de no estar un viernes en la noche en su casa.

-Y cada viernes aumentas en un sorbo tu resistencia al alcohol, soy una buena maestra y lo sabes – Laura además de ser una estudiante de derecho, de marchar con otros estudiantes que buscaban el derecho a la educación y su única y verdadera amiga en lo que llevaba de universidad, era una tomadora empedernida, en el tiempo en que Felipe tomaba una cerveza, ella ya estaba acabando la cuarta y no se mareaba siquiera. -¿Qué vas a hacer hoy?

-A la biblioteca, tengo que leer unos artículos para introducción y luego hacer un ensayo, ya sabes cómo es Carlos.

-No tan bien como tú, en esa clase solo lo miras a él, no sé cómo te enteras de lo que está diciendo.

-Puedo admirar y escuchar al tiempo.

-No lo dudo.

Así eran sus conversaciones, hablar de las locuras de su amiga, de las clases aburridoras, de Carlos, de sus amigos, de sus viernes en la estrella. Esas conversaciones no aburrían a Felipe, aunque sí eran muy aburridoras.

-Entonces nos vemos mañana, señorito. Nada de pajearse pensando en Carlos. – esa despedida ya no le causaba nada, desde que le contó que le gustaba su profesor en común, Laura no había hecho más que molestarlo diciendo que tenía sueños mojados con él, y aunque no eran seguidos, si tenía uno que otro.

La Biblioteca Luis Ángel Arango se había convertido en su refugio, era de verdad su segundo hogar, iba todos los días a leer, a hacer trabajos para sus clases y a ver hombres. Esto último pasó a ser parte de su lista después de un incidente con un señor mayor en el baño del cuarto piso. Luego de dejar el último libro que había leído, un beso de Dick, fue directo al baño, pero mientras orinaba un señor mucho, mucho mayor que él, se le hizo al lado, se sacó su gran pene, era tan grande que con su mano apenas si podía sostenerlo, los pelos eran tan blancos como la nieve, no es que Felipe la haya visto, pero era su única referencia. Este se quedó viendo como el señor lo sacudía. No hizo nada más, solo se quedó mirando. Y al parecer al señor mayor no le hacía falta nada más, porque de un momento a otro soltó un gemido y se vino en el orinal. Luego se limpió su gran pene con un pañuelo que llevaba en su bolsillo, se guardó su debilitado miembro y se fue.

Después de eso, Felipe fue todos los días a ese baño, pero el hombre nunca volvió. No es que le gustará los mayores, solo sentía curiosidad. Después de dos semanas del incidente con el señor, estaba sentado en la sala de lectura del cuarto piso, leyendo un libro de cuentos que había encontrado en las estanterías. Cuando alzó la mirada y lo vio, era el señor mayor. Al instante se levantó y se dirigió al baño. Felipe sin pensarlo dos veces, hizo lo mismo. Al llegar al baño el señor ya tenía los pantalones abajo y una gran erección. El muchacho se quedó en la puerta, observando. Mientras el hombre se tocaba, él no pensaba en nada, es como si su cuerpo estuviera en ese baño, pero su mente se hubiera perdido en alguna parte, aun así, sus ojos seguían puestos en la entrepierna del desconocido. Luego las luces se apagaron. Felipe seguía en trance viendo hacia donde estaba el pene del hombre y hasta que sintió el silencio absoluto no se dio cuenta que todo estaba oscuro. No podía ver nada, ni siquiera su propia mano. El terror que sintió en ese momento no lo había sentido hacia mucho tiempo, no sabía si seguía en el baño, pero ¿dónde más estaría? y tampoco sabía dónde estaba la puerta. Cuando se sorprendió apunto de gritar, la luz volvió. Su respiración, que hace un segundo estaba comenzando a acelerarse, se calmó. Pero el señor mayor ya no estaba. No había nadie en el baño. De seguro había vuelto a la sala y él no se había dado cuenta. Se lavó las manos y salió del lugar. Al llegar a la sala de lectura vio a mucha gente alrededor de una mesa, era la mesa del señor mayor. Le preguntó al celador que había pasado, “le dio un infarto al cucho”.

Capítulo 2

DOS

ROSTROS

Ahora solo miraba a los hombres que pasaban junto suyo en la sala de lectura. Ya no subía al cuarto piso, no era miedo lo que sentía después de la muerte del hombre. Era la sensación de realidad que había experimentado, cada segundo estaba grabado nítidamente en su memoria, pero el celador le dijo "llevaba sentado todo el día, se la pasaba leyendo y ya". Si el hombre que murió era el mismo que días antes le había enseñado su pene en el baño, ¿quién era esa persona que había estado con él en el baño?

En esta ocasión, Felipe estaba sentado en la cafetería de la biblioteca, tomando un café y mirando pasar a la gente por el pasillo de salida. Desde la muerte del hombre se sentía diferente, como si una parte de él hubiera muerto con el desconocido. Era ridículo tan solo pensarlo, pero eso sentía. Además de no contarle a nadie sobre lo sucedido, ni siquiera a Laura, seguía pasando gran parte de sus días en la biblioteca. Ese lugar de cierto modo lo reclamaba. Últimamente estaba pensando cosas muy extrañas. Mirando el menú en la pared de la cafetería recordó que era viernes, hoy iba a tomar con Laura y sus amigos. No tenía muchas ganas de ir, pero por otro lado no quería estar en su habitación y mirar el techo hasta quedarse dormido. Aunque su padre lo llamaba todas las noches para que le contará su día, eran solo unos minutos y después pasaba el resto de la noche solo. Cuando tenía mucho trabajo en la universidad podía dormir como un bebé, pero en momentos como este, que la ociosidad se apoderaba de los profesores, no sentía sueño, ni cansancio, así que no podía dormir.

La estrella era una pequeña plaza que unía a varias universidades del centro de la ciudad. En ella había una estatua de Gonzalo Jiménez de Quesada, aunque sucia y llena de rayones, aún era el centro de ese sector. Allí se congregaban los amigos de Laura, en su mayoría hombres que vestían de negro, uno más feo que el otro, pero personas divertidas. Felipe estaba sentado en unas de las bancas del lugar, esperándolos, cuando Daniel se hizo a su lado. Un muchacho que estudiaba literatura en

su universidad y con el cual compartía una clase.

- ¿Cómo va el viejo Pipe? – le acarició de forma ruda la cabeza. Desde que se conocieron en una cafetería por la séptima, habían hablado esporádicamente, pero Daniel siempre lo saludaba igual, diciéndole Pipe, cosa que nunca acordaron. Aun así, el personaje no era feo, más alto que él y con una tez blanca, todo combinaba con sus ojos negros y su casi absoluta falta de pelo facial. No le ponía mucho cuidado a cómo se vestía, ya que al mirar a cualquier muchacho olvidaba de inmediato que tenía puesto Daniel.

-Esperando a Laura, vamos con unos amigos a tomar algo. ¿Quiere ir? – nunca había invitado a Daniel, ni a nadie a tomar algo. Pero como había dicho desde que entró a la universidad, vida nueva.

- ¿Es una cita? – Daniel se acercó tanto que el muchacho pensó que lo iba a besar, pero solo se rio. – claro parce, uno no niega una pola.

- ¿Quiere fumar? – Felipe había comenzado a fumar desde que el hombre desconocido había muerto. Sintió tal necesidad de un cigarrillo, aunque nunca lo había probado, después de salir de la biblioteca pidió uno a la señora que tenía un puesto ambulante frente al edificio, lo encendió, tosió, se mareó un poco, pero no paró, y ahora fumaba dos o tres cada día.

- Ve, el Pipe fuma. Esa no me las esperaba, pero no gracias. Yo solo fumo porros. ¿Quiere? – se metió la mano a un bolsillo de su chaqueta y sacó un porro mal hecho.

-No me gusta. Gracias.

-Está bien. – fue lo único que dijo su compañero. Cada uno encendió su respectivo vicio. Felipe tenia media caja de Malboro en el bolsillo de su chaqueta de jean, junto con un encendedor, ya hacían parte de las cosas que siempre tenía consigo. Se quedaron en silencio unos minutos, mientras tanto, las personas pasaban a su alrededor, no parecían notar que había dos muchachos fumando en mitad de la plaza. Felipe podía ver que esas personas que los rodeaban tenían el rostro algo borroso, no tanto para no distinguirlos, pero si lo suficiente para extrañarse.

-Estuve leyendo en un periódico que ayer mataron a cinco personas de un barrio al sur de acá. Cinco personas murieron ayer ¿puede creerlo? – la pregunta de Daniel lo sacó de sus pensamientos. Claro que podía creerlo, hace unos días una persona había muerto frente suyo. – este país está como loco, desde que estudio esta vaina lo veo más claro, a veces quisiera dejar de estudiar… pero luego no sabría qué hacer.

- No sabía que le preocupaban ese tipo de cosas. – Daniel volteo la cara y se quedó mirándolo fijamente. ¿por qué lo miraba así? No le molestaba, pero tampoco le gustaba. No le causaba nada. Normalmente cuando un hombre lo miraba de esa forma, Felipe sentía excitación, pero con Daniel no sucedía.

- Todos debemos interesarnos por ese tipo de cosas, Pipe. Somos jóvenes, pero no idiotas ¿entiende? Si nosotros le damos la espalda a esos acontecimientos, en algún momento los vamos a repetir, hay que entender que el que ignora las injusticias, puede cometerlas.

Tan cerca estaban el uno del otro que podía sentir el aire que salía de su nariz. Si, Daniel era muy guapo, de eso no había duda.

Laura se había ido con su actual víctima. Cada mes salía con un hombre diferente, no por nada en particular, según lo que hablaba con Felipe, los hombres se pueden conocer en un mes y después de eso no hay nada nuevo. Por eso ella ahora estaba saliendo con el poco agraciado y muy intelectual Mauricio. Estudiante de filosofía, que tomaba vino en caja y fumaba piel roja, se la pasaba más en los pastos de la universidad Nacional que en sus clases. Todo un clásico. Aun así, era muy inteligente y le iba más que bien.

-Vamos para mi casa, mi mamá nos tiene una cena. ¿quieres ir, Felipe?

-No, la verdad estoy algo mareado y prefiero irme a dormir. Dile a tu mamá que para la próxima. – era en serio que se sentía mareado. Habían tomado tres cajas de vino de diez mil pesos, algo no muy recomendable para las neuronas, pero le había encontrado el gusto.

-Bueno, entonces nos vemos en clase. Nada de hacer cochinadas. – al decir eso, volteo a mirar a Daniel, el muchacho estaba armando otro porro. Alzó la vista de su obra y puso los ojos en blanco. – si grandulón, te digo a ti. Ya te toco cuidar al niño, menos mal no vive lejos.

-Tranquila Lau, yo lo dejo sano y salvo en su rincón de fantasía. – Los dos se conocían desde primer semestre y tenían, por casualidades de la vida, una amistad muy sólida. – así que vaya tranquila y tira todo lo que quiera.

- Hay que dejar de ser idiotas, Daniel. – la risa de Laura sorprendió a Felipe que estaba mirando un gato en la acera de la calle donde estaban sentados. – ya me lo tiré esta tarde. – la cara que hizo Mauricio fue para una fotografía, sus mejillas se pusieron tan rojas que parecía rubor. – Bueno, nos vamos. – tomo al pobre muchacho de la mano y se fueron

calle abajo.

Estaban sentados en la calle empedrada y ya tradicional del Chorro de Quevedo, lugar donde iban en su gran mayoría estudiantes a tomar. Todo el estrecho e irregular sendero estaba rodeado de bares donde vendían la colorida chicha, una bebida que ponía borracho a cualquiera por un módico precio. Además, esa calle tenía su encanto, con las paredes antiguas llenas de grafitis. Toda una oda al arte incomprendido. Uno al lado del otro, uno armando un porro, el otro viendo la destreza del primero. Eran las diez de la noche, el tiempo había volado desde que se encontraron en la estrella. Cuando junto al grupo de Laura compraron la primera caja de vino, el tiempo dejó de ser solo un concepto y fue pasando de forma física junto a todos los presentes. Pero ahora, los dos muchachos sentados en ese andén no sabían lo que era el tiempo.

- ¿Lo dejo en su casa? – Daniel le preguntó sin quitar la vista de su trabajo, ¿Cuánto llevaba haciendo eso? – lo digo porque después Laura me mata si se entera que lo deje solo.

- No es tan lejos, es por la doce, pero si, mejor dos que uno. – saltó del alto andén a la calle que estaba resbaladiza y si no fuera por la mano que le puso Daniel en la cabeza, de seguro se hubiera caído. – gracias – El muchacho hizo lo mismo, pero sin caerse. A Felipe le dio algo de vergüenza ser tan lento y solo comenzó a caminar. Daniel lo siguió a su lado. Por fin había terminado de armar el dichoso porro y todo indicaba que se sentía orgulloso de eso.

- No sabe toda la concentración que se necesita para armar uno de estos. Lo digo en serio, no dejar salir ni una minúscula partícula de la hierba del papel y luego que la lengua esté húmeda, pero no completamente, sino lo justo para pegar un extremo del papel con el cuerpo del porro ya armado. Eso debería tener algún reconocimiento… Magister en armar porros.

Al llegar a la plaza central del chorro, una iglesia colonial estaba al final. Pero el centro era una pequeña fuente que de vez en cuando funcionaba y a su alrededor decenas de restaurantes, bares y residencias. Se dieron cuenta que no estaban solos. Un grupo de personas se veían sentadas al frente de la iglesia, oliendo el lugar no era difícil deducir que estaban fumando. El cielo capitalino era por naturaleza nublado, pero esa noche, las nubes se sentían más cerca del suelo. Casi se podría decir que si alzaban sus brazos las podían tocar. Daniel tomó del brazo a Felipe, este lo miró y vio agresividad en sus ojos, algo que hasta ese momento desconocía.

-No se aleje de mí.

- ¿Por qué?

-Solo quédese a mi lado.

La forma tan concisa y seca en la que Daniel dijo esas palabras dejaron mudo al muchacho. Solo pudo decir un suave “está bien”. Caminaron cerca al grupo de personas. Era la única salida de la plaza, y la más cercana a la habitación de Felipe, lo demás eran pasadizos que conducían a bares. Un hombre se levantó de repente de entre la multitud y se acercó a los dos jóvenes. Al mostrar su rostro, el tiempo volvió a ser tangible. Daniel agarró a Felipe de la mano y quedaron quietos en el sitio. El hombre, ese desconocido que les estaba diciendo si tenían una moneda, no tenía boca donde saliera palabra alguna. No solo era su falta de boca, todo su rostro era liso, estaba sucio por el tiempo sin bañarse, pero no se veían los ojos, la nariz, las cejas, nada. Todo estaba como borrado. Daniel no soltaba la mano de Felipe. Él comenzó a respirar apresuradamente, otra vez esa sensación de realidad absoluta. El desconocido sin rostro ya casi llegaba a donde ellos estaban, y luego se detuvo. Los dos muchachos no sabían que hacer, la sorpresa de un rostro vacío podía más que sus extremidades. Y sabiendo que no podían mover más que sus ojos, los dirigieron hacia el grupo de personas, y se dieron cuenta, para su ¿terror? No, no fue terror lo que sintieron que todas y cada una de las personas que estaban al frente de la iglesia, no tenían rostro, eran como el primero, solo una piel lisa, cualquier existencia de un rostro convencional había sido borrada de sus cabezas o tal vez nunca tuvieron uno.

El hombre estaba a un paso de los jóvenes, y de pronto se escuchó acercándose el motor de un carro. El grupo de personas sin rostro y los dos muchachos voltearon al tiempo. Era una patrulla de la policía. De ella se bajaron dos oficiales con sus llamativas chaquetas verdes, unas prendas de vestir que mareaban a cualquier persona, estuviera borracha o no. Miraron a Daniel y Felipe. “ustedes no deberían estar aquí” anunció uno de los policías, Daniel dijo que ya iban camino a casa. El otro oficial les preguntó si eran estudiantes, otra vez Daniel respondió mostrando su carné de la universidad, “él viene conmigo”. Felipe seguía sin pronunciar palabra.

-Entonces, será mejor que sigan su camino. Aquí ya se acabó la fiesta. – las palabras del oficial eran lejanas, pero claras. Los dos muchachos se quedaron mirando por un momento más al grupo de personas, pero estos ya estaban con la cara hacia la iglesia. Daniel comenzó a caminar hacia la salida de la plaza y Felipe solo se dejó llevar por la mano de su amigo. Justo cuando estaban pasando junto a la patrulla, vieron a más agentes en la parte trasera del vehículo, con armas en las manos. Daniel afianzó su mano a Felipe y comenzó a correr.

Capítulo 3

TRES

PREGUNTAS

Lo primero que Felipe veía al despertarse era un techo muy cerca suyo. Todo blanco, pero irregular. La casa donde vivía desde enero, era una antigua casona, un lugar con más de cien años, que seguía casi igual, una de sus diferencias era que ya no vivía una familia, sino personas que dedicaban su vida a oficios varios. Felipe era el único estudiante de la residencia. Por eso se había ganado el título de consentido. Las señoras mayores que vivían en las habitaciones del primer piso, siempre que lo veían lo invitaban a tomar tinto con pan o comenzaban a preguntarle cómo iba la universidad. Y los hombres se dedicaban a decirle que, si quería salir de ese lugar tenía que seguir estudiando. A veces cuando quedaba corto de dinero, el señor Fabio, dueño de la gran casa, le prestaba un poco, siempre le trataba de devolver el préstamo, pero nunca lo aceptaba.

Una pequeña sensación de dolor comenzó a emanar de la parte trasera de su cabeza. Se levantó y se dio cuenta que llevaba puesta la misma ropa de la noche anterior, solo no tenía sus zapatos. Se asomó por el borde del segundo piso de su habitación. El techo era tan alto que el dueño decidió hacer un segundo piso, allí era el “dormitorio”. El primer piso se constituía de la sala, la cocina y el baño. Un lugar pequeño, pero muy bien distribuido. En la sala, sentado y dormido en el sofá que le había regalado Laura por si alguna vez se quedaba a dormir, cosa que hasta el momento no había pasado. Se encontraba Daniel, un brazo le tapaba el rostro y el resto de su cuerpo estaba en una posición que de seguro le iba a dejar secuelas dolorosas por unas horas.

Después de ver a ese grupo de personas y que Daniel decidiera salir corriendo y no detenerse hasta estar frente a la gran puerta de la casa donde vivía Felipe. Le pregunto si se podía quedar, no quería andar por la calle solo, y menos con esos policías al acecho. Era raro que Daniel le tuviera más miedo a la policía que a las extrañas personas con las que se habían topado. Aunque era comprensible, no hay nada más terrorífico que un hombre con poder. Además, Felipe no sentía nada más allá de un aprecio amistoso por Daniel, pero pensó que iban a tener algún roce sexual, no a hacerlo, tal vez una mamada o besos, pero nada pasó. Él estaba tan cansado que ya no podía caminar, lo último que recuerda era a

su amigo quitándoles las llaves para abrir la puerta.

No hablaron de lo que había pasado. Felipe solo preparo un tinto, frito unos huevos y los acompaño con pan. Los dos comieron en el sofá, escuchando música aleatoria y sin decir palabra. Daniel se quedó observando su pequeña biblioteca, la había armado con paciencia desde que había llegado a la ciudad.

- ¿Por qué estudia derecho? – la pregunta de Daniel lo tomo desprevenido. No se había cuestionado eso.

- Supongo que mi papá fue el que decidió por mí. – seguía recordando todas las veces que le había dicho que si quería estudiar en una universidad sería una carrera que le diera dinero. En el pueblo donde creció las personas más respetadas eran los políticos, los que más ganaban plata y los que menos tiempo pasaban ahí. Así que por eso lo había matriculado a derecho - Mi papá me matriculo. – no supo que más decir.

- ¿Y ya? – Daniel se quedó esperando una respuesta - ¿Solo por eso? ¿No le gusta?

-Las clases no están mal, pero son algo aburridoras… me gusta más la que tenemos juntos… es que ahí puedo leer cosas interesantes… no sé, tal vez debería retirarme.

-O estudiar otra cosa, no hay que ser tan extremistas. ¿Por qué no prueba con literatura?

-Eso no da dinero. – una respuesta tan vacía no podía venir de una mente menos vacía que la de él. Se sintió decepcionado de sí mismo.

-No todo es dinero, cuando uno estudia lo que le gusta, la plata llega de algún modo.

- No quiero regresar a mi pueblo. – la frase la dijo con una emoción que hasta entonces no había expresado. Estaba tan cómodo en la capital, con Laura, con la biblioteca. No quería irse.

-Pues no se vaya. Piénselo, además si es por su papá, él no se tiene porque enterar. – Daniel terminó su desayuno y comenzó a sacar los pocos libros que tenía en la provisional biblioteca.

- ¿Cómo te fue con Daniel? – preguntó Laura al momento que el profesor

Carlos salió del salón.

- ¿Por qué la pregunta? – Felipe seguía con un dolor punzante en la parte trasera de la cabeza, aunque ya habían pasado tres días de la noche que tomó.

- A Daniel le gustas. Se le nota. – la chica decía todo con un tono pícaro, como si ya supiera (o se imaginaba lo que había pasado).

-No pasó nada de lo que piensas. Me dejo en mi casa y se quedó a dormir. – Felipe tenía un gran vaso portátil lleno de café caliente, que siempre llevaba a cada clase y por cada respuesta tomaba un sorbo, muy despacio. Laura se quedó mirándolo, como esperando que aceptara que no solo habían dormido el viernes.

- ¿Tu cómo vas con Mauricio? Ya casi se va a cumplir el mes de reconocimiento. – otro sorbo, estaba vez se quemó la punta de la lengua.

- Aumentaré el tiempo otro mes… ¿sabías que él es uno de los que organiza las marchas estudiantiles? Es más, de lo que se ve a simple vista. - ¿era un destello lo que veía en los ojos de su amiga? ¿se estaba enamorando acaso?

-No te vayas a tragar – fue lo único que se atrevió a sentenciar.

-Solo lo hago por la experiencia – la chica se levantó de su puesto – bueno, me voy a preparar para la marcha de hoy, comienza a las cinco, me escribes cualquier cosa. – le dio un beso en la mejilla y salió por la puerta.

Se colocó los audífonos. Normalmente dejaba sonar la música en Spotify durante la clase. Ahora sonaba una playlist llamada dance, dance, dance. Otro día que se quedaba mirando el tablero con las anotaciones del profesor. No creía que fuera porque le interesará lo que allí estaba escrito. Era más bien una fascinación por la caligrafía del profesor. Sentía que cada letra era una extensión de su cuerpo, que si se quedaba mirándolas por mucho tiempo podría llegar a entender lo que pasaba por la mente de ese hombre. Felipe no hablaba con mucha gente, pero observaba casi todo a su alrededor, tal vez pensaba que de esa forma podía entender a las personas. Aunque hasta ahora no había funcionado mucho.

Toda la universidad estaba alborotada, era semana de exámenes, los estudiantes caminaban de un lado a otro buscando donde imprimir sus trabajos, algunos la sala de los profesores para reclamar sobre una nota, otros más desafortunados llevaban gigantes maquetas por esos caminos repletos de gente, maniobrando para que no se cayeran o simplemente no sabían qué hacer ante tanto caos. Felipe iba a la biblioteca, ahí podía concentrarse para estudiar, aunque en esos momentos solo pensaba en

los dos sucesos extraños, por llamarlos de algún modo, que le habían pasado en los días anteriores. El hombre del baño y el grupo de personas de la plaza habían quedado en su memoria grabados de tal forma que, si alguien le pedía describir cada rasgo de esas personas, lo habría hecho sin ningún problema.

Lo más complicado de explicar era su falta de miedo. Había visto personas sin rostro y gracias a Daniel no se quedó quieto en ese lugar hasta quién sabe cuándo, la parálisis no era miedo… esa quietud se debía más al hecho de querer saber que estaba pasando, de querer entender, pero su mente no llegaba hasta tal punto. Hay cosas que la mente humana no puede entender, así como así. Con su café en la mano, los audífonos puestos y alguna canción de los 60´s sonando se dirigió a la biblioteca esperando tener un rato de paz para poder estudiar. Lo complicado iba a ser entender lo que iba a suceder.

Capítulo 4

CUATRO

EL SEÑOR DE LOS CUERNOS

Mientras esperaba el libro que había pedido, Escucha la canción del viento, tercera novela que leía del japonés Haruki Murakami, estaba sentado en las bancas que había frente a la zona de préstamo. Mirando atentamente al fondo del lugar, en alguna de las puertas saldría un carrito lleno de libros, empujado por un joven, que normalmente era muy apuesto. Esta vez salió una muchacha más bien normal.

Ahí no venía su libro. Psycho Killer era la canción que sonaba mientras esperaba, pero al ver que no llegaba nada decidió matar el tiempo caminando por el lugar. La biblioteca tenía cinco pisos, en cada uno había una sala de lectura dividida por categorías. Le gustaba el segundo piso porque era la más espaciosa y tenía estanterías llenas de novelas gráficas, cosa que no leía mucho, pero de vez en cuando hojeaba. Mientras subía las escaleras hacia el segundo piso, vio en mitad de unas de las paredes una puerta que hasta el momento no había notado. ¿ya estaba ahí? Pensó que ya se conocía de memoria los lugares de esa biblioteca. Bueno decir todos es mucho, ya que el sótano, donde estaban todos los libros del sitio aun no lo conocía.

La puerta era como las de su residencia, de color café desgastado y toda hecha de madera. Se quedó con una pierna en un escalón y la otra en el de abajo, mirando la puerta. Las escaleras estaban inusualmente vacías. Eran las dos de la tarde, hora en la que los estudiantes llegaban de almorzar y se ponían a estudiar. Pero nadie pasaba, solo era él y esa puerta. Seguía en la misma posición, mirando atentamente, no quería parpadear, pensaba que si lo hacía la puerta desaparecería. Al fin se decidió y caminó hacia ella. La entrada no tenía pomo, solo era vieja y lisa. El toco con su mano derecha y la puerta se abrió sin ningún tipo de ruido. La música se detuvo.

Era un pasillo oscuro, no se veía nada más allá del umbral de la entrada. Como el baño del cuarto piso. Recordó la sensación de extrañeza que le produjo ese lugar silencioso. Este era el momento en el cual el protagonista de cualquier película de terror va a entrar a un lugar muy sospechoso, y uno le está gritando desde el otro lado de la pantalla que no lo haga. Por desgracia a Felipe no le gustaban esas películas. Dio dos pasos dentro del lugar y la puerta se cerró tras suyo. Pensar tomaba

mucho tiempo y al cerrarse la puerta, del techo se iluminaron unas luces de color azul claro. Iban hasta donde se perdía la vista y el lugar era demasiado recto. La música volvió a sonar en sus oídos. Que existiera algún sonido en ese lugar lo incomodaba. Colocó pausa al celular y lo guardo. Seguía con los audífonos puestos. El primer paso siguió al segundo y el muchacho siguió caminando. Mientras avanzaba el lugar comenzó a oler a moho, del mismo modo que alguien abre la puerta de un sitio que hace mucho tiempo no tiene ningún residente y nadie limpia. El olor era cada vez más intenso y Felipe, que por fin se dio cuenta de la decisión tan estúpida que había tomado quiso regresar. Cuando entro en razón otra puerta se colocó delante suyo, así como llegó la primera, pero ésta sí tenía pomo, aunque igual de vieja. Al no haber otra opción, la empujo con su mano derecha. La puerta comenzó a moverse con un chillido agudo que pondría los pelos de punta a cualquiera.

La tercera cosa extraña que presenciaba en menos de un semestre estaba frente suyo. Un hombre sentado en medio de un salón rodeado de estanterías repletas de libros. Un señor con un traje muy formal, de esos que utilizan los oficinistas. El pelo blanco llamaba la atención, pero lo que tenía a lo alto de la cabeza lo hacía más. Dos cuernos sobresalían de forma precavida de su nevado pelo. Eran pequeños, pero no lo suficientes para no notarlos.

-Visitas – la voz del hombre con cuernos se escuchó por todo el recinto. Es como si nadie hubiera hablado ahí durante mucho tiempo.

- Disculpe, es que vi una puerta en un lugar donde no debería…

- Muchacho, las cosas normalmente no están donde deberían, pero es natural que quisieras entrar. - La voz del hombre era gruesa, pero suave. Como la de un locutor de radio que a mitad de la noche lluviosa arrulla la soledad.

-Lo siento…

- No te disculpes. Lo que se hace, hecho esta. Ahora estamos en este recinto, los dos y nadie puede decir que no es así.

-No conocía esta parte de la biblioteca. ¿Cómo se llama?

-No tiene nombre. Solo es mi hogar desde hace mucho tiempo. Aquí me dedico a leer día y noche, como puedes notar he leído mucho. - Tenía razón, los libros de la estantería se veían desgastados, sus lomos demostraban que habían pasado por muchas manos. – También me gusta leer las cosas que la gente anota en cada libro, puedes encontrar cosas muy divertidas. Una vez leí en las márgenes de un libro de García Márquez que él escribía sobre el incesto porque nunca pudo realizar dicha fantasía. Lo curioso era que estaba escrito tan mal que apenas si se podía

leer.

La definición de divertido que tenía el hombre con cuernos era particular. Felipe seguía observando todo el lugar. ¿solo hará eso este señor durante todos los días? Pensó el joven.

- ¡Que ocurrencias las tuyas! – los ojos negros del muchacho quedaron como platos al escuchar una respuesta a una pregunta que nunca formuló en voz alta.

- ¿Usted puede leer la mente? – Felipe tenía tantas ganas de entender que no se contuvo a una pregunta tan ridícula como esa.

-Claro que no, nadie puede leer mentes. En tus ojos se nota la incredulidad, simplemente eso. – lo dijo de forma tan agresiva que parecía enojado, pero nada en su semblante delataba ningún sentimiento.

- Últimamente me están pasando cosas extrañas, señor… - espero a que el hombre se presentara.

- No tengo nombre. Ahora estamos tu y yo aquí, en este lugar, es lo único que debería importar.

- Esta bien, pero tengo que llamarlo de algún modo.

- ¿Por qué? ¿Por qué hay que llamar a las personas de algún modo? ¿No es suficiente con saber que está existiendo? – Felipe no sabía que pregunta era más curiosa, y mucho menos cómo responderlas.

-Pues porque si no tienen nombre, no sabría a quién o qué estoy llamando.

- Si te diriges a algo con toda sinceridad de seguro sabrá que le están hablando. Luego cada ser debe saber qué o quién es. Puedes llamarme como quieras, de todos modos, aquí solo estamos los dos.

-Podría tener razón, pero en mi caso he llamado a todo con algún nombre y es muy difícil cambiar la costumbre. Así que supongo que lo llamaré señor de los cuernos, disculpe si no es muy imaginativo.

-Me gusta, según tu soy un señor y tengo cuernos, entonces no estas mintiendo... – el hombre se quedó en silencio un momento mientras se rascaba la cabeza - Dices que te están pasando cosas extrañas. Pero tu vida siempre ha estado rodeada de sucesos que se pueden denominar extraños. No entiendo tu sorpresa.

-Yo no entiendo lo que está diciendo. Hasta que no llegue a esta ciudad, mi vida era completamente normal. Tan normal que aburría. Y ahora en

poco tiempo he visto cosas que antes no veía. No sé de dónde saca usted que mi vida está rodeada de sucesos como esos.

-Bueno, tu tendrás tu concepto de normalidad. Eso es algo que no logro entender, al fin y al cabo, solo soy un hombre que según tu tiene cuernos…

Un sonido de algún lado interrumpió al señor de los cuernos. De un hueco del techo salió un libro. El hombre lo recogió del suelo. Lo miro con mucho detenimiento y lo dejó en su regazo.

-Lamento tener que decir esto, pero debo ponerme manos a la obra. En otra ocasión podemos seguir con esta conversación tan interesante. Ha sido un placer. – al terminar de decir aquello señaló la puerta a espaldas de Felipe. El muchacho dio media vuelta y salió del recinto. Ni siquiera se despidió, cuando estaba fuera del lugar se dio cuenta y trato de regresar a pedir disculpas por ser tan descortés. Pero ya no había puerta. Solo un baño vacío.

Capítulo 5

CINCO

MARCHAS

El libro que había pedido nunca llegó a la zona de préstamos. El encargado de esa sección dijo que llamaría al sótano, pero Felipe prefirió decir que no había problema, otro día pasaría. Mientras caminaba por el pasillo de salida, seguía dándole vueltas al extraño momento que había vivido hace unos minutos. Después de la visita accidental que tuvo al lugar de trabajo del señor de los cuernos, sentía que vivía en una realidad diferente, como si algo se hubiera mezclado en algún momento y ahora no sabía que podría pasar más adelante. Y luego había sido ¿transportado? Al baño del cuarto piso, donde el hombre con el gran pene lo había enseñado. No podía dejar de pensar en nada más que no fuera la puerta en mitad de una de las paredes de la escalera y lo que allí encontró. Pero la naturalidad con la que tomaba los sucesos lo sorprendía. Y del mismo no sabía cómo llamar a esa experiencia. Creía que podrían ser alucinaciones, pero todo se sentía tan real "eso diría alguien que tiene alucinaciones" fue su pensamiento. Quería entender que le estaba pasando ¿acaso el mundo en el que él vivía estaba cambiando? ¿tal vez su mente era la que le mostraba dichas cosas? Al salir de la biblioteca su cabeza le dolía por tratar de comprender todo aquello que estaba sucediendo.

Su siguiente clase sería dentro de poco, aunque no sabía muy bien qué hora era, de todos modos, no estaba muy entusiasmado en asistir, pero tampoco era una opción estar encerrado en su cuarto. Caminó las dos calles que separaban su universidad de la biblioteca. Al llegar a la entrada de una de las facultades, vio que estaba cerrada. Saco su celular y miro la hora, 7:30 de la noche, además de cinco llamadas perdidas de Laura. Luego la llamaría ¿por qué estaba cerrada la universidad? Cuando se escuchó un sonido en algún lugar. No reconocía al comienzo de que se trataba, pero al escuchar un segundo ruido pudo compararlo con los sonidos que hacía la pólvora cuando se estaba en los días de festividades. ¿Pólvora en abril? No, debería ser otra cosa. La calle estaba vacía, ni siquiera la señora que se hacía frente al edificio, en ese hueco de las casas que observaban esa entrada de la universidad y que vendía en su mayoría cigarrillos estaba. Felipe seguía ensimismado en lo sucedido en la biblioteca.

Su celular comenzó a sonar. Lo sacó de su bolsillo. Era Laura.

- ¿Por qué no contestas? – fue el saludo de su amiga.

-Estaba en la biblioteca, se me pasó el tiempo. ¿qué pasa? – apenas podía hilar palabras, su cerebro seguía en otro lugar.

-La marcha de hoy se puso densa. Llegaron los del esmad. Luego los capuchos aparecieron de no sé dónde. Llevan varias horas así. La plaza de Bolívar parece un campo de batalla. Estoy en la cafetería que queda por tu casa…

Mientras Laura le contaba los acontecimientos de la tarde, un hombre corriendo apareció por la calle doce, y luego fue hacia él. Venía tan rápido que Felipe no tuvo tiempo de reaccionar a nada más que moverse para darle espacio. Cuando estaba pasando junto suyo, vio que tenía la mitad de su rostro tapada por una pañoleta negra. Sus ojos eran lo único que podía ver. Estaba asustado. Quizá no sabía en que se había metido. ¿Otro estudiante? Quizá solo quería salir a marchar por una educación digna, tal vez por un salón en donde allá sillas en las cuales poder sentarse, pero terminó lanzándole papas bombas a la policía. Durante ese segundo que se quedaron viendo fijamente, un policía del esmad llegó por el mismo lado con su armadura negra. Felipe estaba en una parte de la calle donde se podía cubrir con la pared de la casa contigua. Tomo al chico de su brazo y juntos se hicieron en esa esquina del mundo donde el oficial no podía verlos.

El silencio volvió. El cielo era gris. El brazo del muchacho estaba tenso. Felipe seguía con el celular en el oído. Laura seguía hablando.

- ¿Dónde estás? Ven ya a la cafetería, es peligroso andar en las calles. Esos hijueputas no discrimina un estudiante de otro… ¿me estás escuchando? – si la escuchaba, pero su atención estaba en el encapuchado. Él seguía en silencio, pero su respiración delataba su temor a ser descubierto.

-Estoy al frente de la universidad. Acaba de pasar un capucho frente mío y detrás esos del esmad. Ando metido con él en el hueco de la residencia esa… no podemos salir mientras este ese man ahí. – las expresiones que estaba utilizando no eran comunes en él, pero no podía pensar nada más.

-No te muevas. Quítale la capucha. Esconde esa mierda y si te ven muéstrale el carné. Somos de privada, no te dirán nada los muy clasistas… - un silencio en el otro lado del teléfono - aunque mejor no muestres nada, quizá no le importa de dónde vengas…

Tomó la pañoleta que le cubría el rostro al chico. La metió en el interior de su chaqueta. Hasta ese momento no había notado la ausencia de su

maleta, seguía con sus pertenencias en los casilleros de la biblioteca. No era momento de pensar esas cosas. El rostro del muchacho era el de un adolescente de unos dieciséis o diecisiete años. Todo su rostro brillaba por el sudor, y eso que normalmente en Bogotá la gente no suda. La mirada del muchacho seguía expresando miedo, pero ahora su respiración se había calmado.

- ¿Ya se fueron? – preguntó Laura con la voz baja. Como si ella estuviera a su lado y tuviera miedo que la escucharan.

- No sé, no he visto. Pero ya han pasado varios minutos. Voy a mirar. – cambio de posición con el chico y asomo su cabeza por la esquina de la pared. – no hay nadie.

- Listo. Ven ya para acá, no te detengas.

- ¿Y el chico?

El silencio del celular fue más profundo que cualquiera que hubiera escuchado.

-Tráelo. – y Laura colgó.

Capítulo 6

SEIS

MIEDO

Las calles le parecían tan estrechas en comparación a esos edificios tan altos. Tomado de la mano de su padre, caminaba por el centro de la ciudad. Cada acera estaba cubierta por tantas personas que no sabía si podrían llegar a donde iban. Después de un viaje largo por toda la ciudad, montados en un bus que eran dos buses, él y su padre se habían bajado en una estación pequeña, pero con mucha gente. Había visto como atropellaban a un perro. Pero nadie dijo nada. Agarraba con fuerza la mano de su padre, no quería perderse. Cuando pasaron por una plaza gigante, que estaba rodeada por edificios que se veían viejos y con muchas ventanas, pudieron descansar del bullicio de la multitud. Frente a ellos se atravesó un señor con ropa andrajosa. Su olor era extraño y cuando alzó la vista en el rostro no había nada.

Su casa quedaba en la calle doce con tercera. Solo tres calles hacia arriba. Le había dicho al chico que se fuera con él. El muchacho no dijo nada, pero tampoco puso resistencia. Felipe no pensaba dejarlo solo con todos esos policías rondando.

-Entonces vamos a caminar rápido. Son tres cuadras y luego nos metemos en una cafetería.

El chico seguía sin pronunciar palabra. Eso lo irritaba un poco, pero no había nada que discutir, no lo iba a dejar. Lo tomo de la mano. No espero respuesta y comenzó a caminar. Primero debían llegar a la esquina de la carrera sexta con doce. Ahí donde terminaba su universidad. Felipe comenzó a caminar con paso decidido y el chico solo se dejó llevar. No sabía de dónde le salía esa fuerza, pero al pensar que algún policía atrapara al estudiante no lo hacía más que caminar. Llegaron a la esquina. Miraron hacia arriba. Toda la calle estaba sola. Ni un alma. Parecía un pueblo fantasma. Las fachadas de las demás universidades y los locales comerciales se veían tan viejos, como si hace años ninguna persona viviera ahí. Luego miraron hacia abajo. Lo mismo hasta que se divisaba la séptima. Un carro negro del esmad estaba estacionado en mitad de la calle, pero no se veía ninguno de ellos. Felipe se dio cuenta que hace

minutos no escuchaba las explosiones.

Sin pensar más comenzó a caminar con paso apurado por la calle doce hacia los cerros. Tres cuadras lo separaban de Laura. A mitad de la primera comenzó a cansarse. Es increíble como el cigarrillo puede dañar el cuerpo de un joven de veinte años. Llegaron a la esquina de la doce con quinta. Miro a lado y lado. Vio a un señor sentado en la acera de la carrera, mirando hacia el suelo. Tenía una bolsa negra en la mano, junto a él había un perro del mismo color de la bolsa. El animal también miraba el suelo. Felipe trago saliva, y comenzó a avanzar. El adolescente no ponía resistencia, pero tampoco ayudaba en su caminar "mueva eso pies, yo solo no puedo todo" fueron las palabras que le dedicó. Y como si le hubieran activado un botón. El chico comenzó a caminar más rápido, sobrepasó a Felipe y en algún momento, él lo llevaba de la mano y no al contrario. Llegaron a la esquina de la cuarta. Volvieron a mirar a los lados. Nada. Cuadras vacías. Llenas de basura. Las paredes con grafitis.

-Solo falta una cuadra ¿no? – dijo por fin el joven descapuchado.

-Si. Es en la cafetería de la siguiente. Ahí nos espera una amiga.

-Gracias

Felipe no dijo nada. Siguieron avanzando por la calle. Al llegar a la esquina de la tercera vieron en mitad de la siguiente calle la cafetería donde estaba Laura.

-Es ahí – dijo Felipe.

El chico siguió caminando a paso rápido. Al pasar la carrera tercera se escuchó un ruido de motor. Voltearon la mirada hacia la derecha y vieron un carro del esmad. "¡Oigan, paren pues ahí donde están!" fue el sonido que salió del vehículo. Las piernas de los dos muchachos se coordinaron y comenzaron a correr. Subieron la empinada calle en cuestión de segundos. La puerta de la cafetería estaba cerrada. Felipe comenzó a golpear. Miraron hacia abajo, se veía la delantera del camión. La puerta se abrió y Laura los empujó a los dos al interior.

-Casi no – fue la frase de bienvenida de su compañera. – vengan a ver las noticias.

Caminaron por un estrecho y corto pasillo que llevaba al local. Ahí había mesas metálicas con sus sillas. Un mostrador que a la vez hacía de nevera y detrás varias estanterías con productos típicos de una cafetería. Una señora gorda, pero con cara de ser buena persona estaba sentada encima de una de las mesas. Mirando el televisor pequeño que se

encontraba colgado en la pared.

-El presidente dijo que ya no habrá conversaciones con los representantes estudiantiles después de lo de hoy – fueron las primeras palabras de la mujer.

-Pues cómo va haber cualquier cosa. Esos hijueputas querían matarnos. – Laura gritaba de tal forma que Felipe quedó asustado. Nunca la había visto así.

- ¿Qué pasó? – dijo Felipe.

-Hoy no solo se reunían estudiantes. También estaban los profesores, indígenas y trabajadores de plazas de mercado. Todos juntos para hacerse escuchar…

-Cómo debe ser – interrumpió la señora. Laura sonrió y continuo.

-Todo iba bien desde la nacho hasta la Jiménez. Después fue como si pasáramos una barrera invisible. Salieron los del esmad por todas las calles y comenzaron a lanzar gases lacrimógenos - Laura miró al chico que venía con Felipe – tú debes saber mejor que yo que no estábamos haciendo nada indebido. Solo marchábamos.

El muchacho dejó de mirar el televisor y se dirigió a Laura.

-Todo se armó porque por Facebook estaban diciendo que habría presencia de bandas, pero era mentira. Solo éramos los que usted dijo - un incómodo silencio – bueno, también los capuchos, pero esos siempre aparecen a joder. Se emputaron porque aparecieron esos manes y comenzaron a lanzar ataque de la nada.

-La gente que solo marchaba se dispersó por todo el centro y los locales cerraron sin pensárselo. Parece un pueblo fantasma.

-Sí – dijo Felipe muy despacio y con la voz agitada por la caminata – parece un pueblo fantasma.

Capítulo 7

SIETE

CAMINOS

- ¿Luego qué pasó? – preguntó Daniel. Los dos chicos caminaban por la carrera séptima. Esa gran avenida que comenzaba en la plaza de Bolívar y seguía hasta los confines de la calle 200.

- Esperamos a que todo se calmará. Como a las diez de la noche ya los del esmad se habían ido… después de eso nadie habló. Solo mirábamos el televisor. La señora del lugar nos ofreció posada en el cuarto de su hijo que prestaba el servicio militar. Aunque yo vivía al lado no pude negarme, ni Laura, ni el otro estudiante. Al día siguiente el muchacho ya se había ido. Nunca supimos su nombre. – ya habían pasado dos días de aquello. Pero Felipe aun sentía la irrealidad de la situación. Aunque todo había pasado y existían testigos, para él todo estaba difuso.

- Que día tan fuerte, parce – Daniel llevaba una camiseta esqueleto negra, eso hacía que sus blancos brazos por fin se mostraran. Se notaba que muy pocas veces les daba la luz solar. Aun así, sus músculos se veían marcados. Hoy estaba más animado que de costumbre.

- ¿Al fin que vamos hacer? – dijo Felipe mientras caminaban por el comienzo del parque nacional. Ese lugar que iniciaba en la avenida y terminaba o mejor dicho seguía en los cerros orientales. Cuando pasaron al lado de la fuente principal, donde en el centro había una estatua de dos personas, Felipe recordó que esas dos personas parecían dos hombres a punto de besarse.

-Ya le dije, vamos a Wilborada. Hoy se presenta un escritor que me gusta mucho. Ya verá. – Daniel se movía de un lado al otro, parecía que no pudiera caminar recto. Su bermudas y tenis le daban un toque curioso. Felipe lo miraba con detenimiento.

-Mmm… creo que no vamos a llegar a tiempo, esa cosa queda en la cerca a la calle 72, hasta ahora vamos en la 39. – habían llegado a la esquina donde terminaba el parque y comenzaba una universidad que se alzaba con altos edificios. – deberíamos tomar bus.

- ¡No sea flojo, caminemos! Además, es a las cinco de la tarde, apenas son la una. – los ojos de Daniel se veían más oscuros que de costumbre,

pero de una manera contradictoria tenía un destello muy en el fondo.

-Al menos compremos agua. Este sol es anormal. – después de los días nublados anteriores, ese cielo descubierto y su inminente sol eran una cosa extraña. Así era esta ciudad. Pasaba de días fríos y grises, a cielos azules y calor cual tierra caliente.

-Usted si jode. – dijo Daniel con un tono burlón. Luego se acercó y le puso un brazo alrededor del cuello. Y así siguieron caminando. Ayer lo llamó para decirle que si quería acompañarlo a la librería. Felipe estaba en su habitación leyendo un libro. Ya que había terminado sus trabajos y le molestaba pasar mucho tiempo en esa casa le dijo que sí. Seguían sin hablar de lo que había pasado en el chorro, en cambio notaba una cercanía peculiar con el alto joven desde entonces. No le molestaba esa sensación. – me gusta pasar tiempo con usted. Eso de que no hable mucho es su mejor cualidad. – con una sonrisa que parecía sincera continuaron.

Cuando llegaron al parque de los hippies decidieron entrar a una cafetería a tomar agua. Después de caminar más de cuarenta calles hasta la 60, Felipe sentía que no tenía una pizca de fuerza en sus piernas. Se sentaron en la primera mesa que vieron en el local y pidieron dos colombianas y dos pan de bonos. Mientras el día seguía su curso, las personas fuera del local caminaban lentamente. Para los capitalinos el sol es un pequeño castigo, aun así, caminan despacio debajo suyo. Será para aprovechar los días luminosos.

-Mi mamá está enferma – soltó de repente Daniel – tiene una complicación en las piernas y si no mejora tendrá que sentarse en una silla de ruedas. Está insoportable por el hecho de no poder seguir caminando… la entiendo, debe ser horrible tan solo pensarlo, pero… -Daniel alzó la vista de su comida y se quedó viendo fijamente a su amigo – pero yo también tengo problemas. No sé si pueda estudiar el próximo semestre. El trabajo que tengo en la papelería no da lo suficiente y mis ganas de comprar libros me superan – esto último lo dijo con una risa al final.

Felipe no sabía muy bien que responder. Desde que se conocieron en esa cafetería del centro habían hablado esporádicamente, pero cada vez con más confianza uno del otro. Y ahora él le contaba algo tan privado. Quizá debería hacer lo mismo. ¿pero qué cosas estaban pasando en su vida? No podía contarle sobre el señor de los cuernos, no sabía muy bien porqué, pero prefería no hacerlo. Luego los otros dos hechos extraños habían pasado a segundo plano, después del incidente con la policía.

-No entiendo mucho de eso. Mi familia, aunque con problemas nunca me han hecho participe de nada. Mi padre trabaja día y noche para pagarme la universidad y a la vez para mantenerme en esta ciudad.

Nunca me han pedido trabajar. No entiendo ese tipo de necesidades. Lo siento… - ¿por qué disculparse por algo que no estaba bajo su control? Solo había nacido en una familia con una aparente comodidad económica, que otras personas no tuvieran eso no lo hacía culpable. – aun así, me puede contar lo que quiera. Creo que somos amigos.

Daniel seguía observándolo fijamente. Todo lo demás estaba muy silencioso. Parecía una tarde en su pueblo, donde todo el mundo se recluía a esconderse del sol arrasador del medio día. El televisor estaba apagado, cosa rara en un local. El tiempo pareciera querer que se vieran fijamente. De pronto Felipe comenzó a llorar.

- ¿Por qué está llorando? – fue la pregunta llena de preocupación de su amigo.

-No se… - de verdad no sabía. ¿podría alguien pasar por cosas que no debía contar y andar tranquilo por la vida? ¿serían los ojos de Daniel que le rebuscaban algo dentro?

- ¿Es por lo del viernes? ¿aún sigue asustado?

-No había pensado en eso. Sé que fue extraño, pero siento que esos momentos son más reales que los días que pasó en la universidad. ¿y si estoy en algo que no quiero? Tengo miedo de decepcionar. – Daniel le puso la mano encima de la suya. Ese gesto calmó un poco el llanto de sus ojos. - ¿Cómo hace para saber que está haciendo lo correcto?

-Uno nunca sabe eso, Pipe. Cuando pensamos que estamos haciendo algo bien, llega otra persona y nos muestra que no es así. Eso no es lo importante. Aquí lo que importa es cómo nos sintamos al hacer dichas cosas que pensamos buenas. Porque si esperamos a que otra persona nos dé su visto bueno, pues nunca podríamos tener esos momentos de felicidad.

Daniel hablaba despacio y claro. Era muy relajante escucharlo hablar así. Su amigo lo había hecho parte de su vida privada, y él expulsaba sus miedos sin siquiera terminar de escucharlo, se sintió egoísta y estúpido. Felipe se limpió la cara con la mano "ya estoy mejor, gracias" dijo en un suave suspiro. Su amigo lo miraba aun preocupado, pero no dijo nada.

-Deberíamos seguir camino. Aun nos faltan unas cuantas cuadras. – dijo Felipe para disipar el momento.

Capítulo 8

OCHO

LA LIBRERÍA

A las cuatro llegaron a la calle 71 con carrera once, media cuadra hacia arriba quedaba la tan esperada librería. Era curioso cómo mientras se iban acercando al norte de la ciudad las calles se volvían más limpias y los habitantes de ellas no se veían por ningún lado. ¿seguían en Bogotá? El sol seguía resplandeciendo, pero se veía una que otra muy pequeña nube gris. Felipe ya había estado varias veces en el lugar, le gustaba mucho. Una casa antigua con una fachada de ladrillos en mitad de una calle cerrada que había sido reformada para albergar cientos de libros. Tres pisos con estanterías llenas de novedades, clásicos y cualquier tipo de libro que se podía imaginar. Todo con una arquitectura que, aunque no entendiera mucho de eso, se le hacía elegante y a la vez muy acogedora. Llegaron a la entrada, una puerta de vidrio y al otro lado un mostrador con las últimas propuestas en literatura. Los recibió un señor de pelo largo, con una sonrisa de oreja a oreja "buenas tardes" dijo el hombre, los dos respondieron al saludo con la misma frase. La entrada repleta de libro le daba al visitante la vista de todo lo que encontrarían en su interior. No había otra palabra que hermoso para describir ese lugar. Luego caminaron hasta el interior del sitio. En el primer piso existía un café, ahí vendían muchos tipos de la tan famosa bebida, hablaban de algo orgánico y como el filtrado hacia un sabor diferente.

-Pida lo que quiera, yo invito – dijo Daniel.

-No, yo invito – fue la respuesta de Felipe. Con lo que le había contado de sus problemas económicos lo último que haría es dejar que gastara. Daniel lo miro por un momento y vio la decisión en sus ojos, así que solo sonrió y se sentó en una silla. "listo, pida lo que quiera por mí".

El escritor que iba a presentar su última novela Abordo de otra persona era de su edad. Increíble que esta fuera su tercera obra. ¿Qué había hecho él en esos veinte años? Ese pensamiento lo desanimó un poco, pero las conversaciones que tenía con Daniel hacían como un trampolín, si en algún momento se sentía desanimado, las palabras del chico lo alzaban a lo alto. Su amigo estaba tomando un té negro, y él un latte. No es que le encantará esas combinaciones extrañas, pero siempre

tomaba tinto solo, era bueno cambiar en alguna ocasión.

-…Y a mucha gente le gusta como escribe, créame Pipe que ese man va a revolucionar todas esas cosas aburridas que se están escribiendo en este país. – de vez en cuando Daniel le decía que leyera sus obras, que le iban a cambiar la forma de ver todo. Parecía enamorado de alguien que no conocía. – ahorré como un mes para comprar esta nueva novela, toda la plata las guardé en mis medias, ya me está incomodando un poco los zapatos – dijo con su habitual risa - ya quisiera escribir la mitad de bien que él. Pero ahí voy. Ayer escribí dos cuentos todos raros. Eran sobre un hombre que tenía cuernos en la cabeza.

- ¿Un hombre que tenía cuernos en la cabeza? ¿por qué se le ocurren ese tipo de cosas? – Felipe se sintió otra vez rodeado de una realidad absoluta. Daniel había escrito sobre el hombre con el que conversó hace solo dos días ¿es esto normal? Ya no podía reconocer que era normal o mejor dicho que era realidad y que no. ¿La mente puede darnos otra realidad, algo que no sea lo que todas las demás personas ven? Pero ahora Daniel le decía que había escrito un cuento sobre el señor de los cuernos, entonces no solo a él le estaban cambiando la realidad.

-Yo sé que es raro, pero ayer me levanté con las ganas de escribir. Y mientras estaba en la universidad venía a mi cabeza ese hombre, la imagen borrosa de un señor mayor con el pelo blanco y entre esa melena sobresalían unos pequeños cuernos. ¿loco no?

-Muy loco – Felipe quería saber más. ¿verlo en su cabeza? ¿no había sido igual de tangible que cuando él lo había visto en la biblioteca? - ¿y de qué tratan esos cuentos?

Cuando el muchacho le iba a responder de algún lugar salió una voz diciendo que en cinco minutos comenzaría el conversatorio. Los interesados podían subir al ático de la librería.

-Vamos, luego hablamos de eso. Tenemos que estar frente a él. – Daniel se levantó y se fue hacia las escaleras. Felipe siguió sentado unos segundos. ¿entonces fue un sueño? Es que no entendía como ese suceso extraño se conectaba con el cuento de su amigo. ¿acaso dos personas pueden tener la misma idea, aunque esta sea descabellada? Pero no era una idea, las ideas no eran tangibles y aunque no había tocado al señor de los cuernos, la sensación de realidad y de convencimiento no las podía negar. Felipe en ese momento sintió que no controlaba lo que hacía, como si un río lo estuviera llevando con su corriente y él en un bote se dejaba llevar por ella. No ponía resistencia, pero al tiempo tampoco recordaba cuándo fue que se subió ¿Tal vez alguien lo había subido?

Capítulo 9

NUEVE

EL ESCRITOR

Su padre no le había puesto atención al hombre que se atravesó, pero Felipe pudo notar que algo iba mal en ese desconocido, sentía miedo. Siguieron caminando por la plaza hasta que llegaron al centro de ella. Allí se erigía una gran estatua de un hombre que portaba una espada. Su padre sacó una cámara y le dijo que le iba a tomar unas fotos de recuerdo. No podían estar en Bogotá sin algunos recuerdos. Un señor de pelo blanco y muy bien vestido se acercó proponiéndole tomarle fotos de mejor calidad por un poco de dinero. Su padre se lo pensó por un segundo, pero aceptó al final. Cuando se acercó a Felipe, él pudo ver con mayor claridad al fotógrafo, vio que tenía unas gafas redondas y pequeñitas, que estaba tan bien vestido que parecía resplandecer. Y en lo alto de su cabeza color blanco tenía dos pequeños cuernos.

-Yo pensaba que mientras más escribiera más fácil se me haría tratar de explicar que era lo que pensaba. Es necesario tener un hábito, sentarte todos los días a escribir algo, lo que sea. Luego verás que lo harás sin darte cuenta. – el escritor estaba respondiendo una pregunta que la moderadora del conversatorio le había hecho. Felipe y Daniel estaban en la primera fila, muy cerca para su gusto. – a veces uno no encuentra ese hábito, aunque sí las ganas, entonces escriben un día cincuenta páginas y al siguiente nada. Yo estoy en un intermedio, quiero escribir un capítulo, pero termino escribiendo tres o cuatro, luego quiero escribir tres capítulos y solo puedo hacer uno. – la voz era calmada, un poco baja aun con el micrófono que le habían dado. Vestía unos pantalones cafés, unas botas negras, camisa a cuadros y chaqueta de cuero. Su pelo, aunque negro, se podían ver uno que otro destello blanco, ya le estaban comenzando a salir canas. Sus ojos también negros, destilaban cierta luz que atrapaba al que lo miraba.

Daniel había olvidado que estaba al lado suyo y solo miraba al escritor, nada más existía para él. Era divertido verlo en ese estado, cuando su amigo siempre andaba pendiente de lo que pasaba a su alrededor. Realmente le gustaba. La entrevistadora dijo “y ahora cuéntenos sobre su nueva novela ¿por qué un protagonista con cuernos? ¿acaso es fantasía?” Daniel volteo a mirar a Felipe con cara de no poder

creerlo, luego le susurro “él también escribió sobre el man con cuernos, esto está muy loco” Felipe quiso levantarse y salir de esa librería. ¿otra persona que había visto al señor de los cuernos?

-Es muy curioso, pero no es fantasía. Llevaba varios años con ese personaje en mi cabeza, ya saben un hombre mayor que se veía común y corriente, pero que en lo alto de su cabeza escondía dos pequeños cuernos. Y no es que esos cuernos tengan poderes o algo por el estilo, solo los veía ahí y él existía con ellos. Lo que quiero que de verdad sea importante es la historia que cuento desde sus ojos. – dejo de hablar por un momento, mientras tanto comenzó a observar el lugar. Era un ático que estaba rodeado de libros, sobre todo de novelas negras y fantasía. La ventana que tenía a su izquierda le daba la luz necesaria para convertirlo en un lugar en el cual uno se quería quedar mucho tiempo – y su hogar es parecido a este, aunque más antiguo. Desde ahí trabaja leyendo libros, y también buscando historias curiosas. Se encuentra la vida de muchas personas…

Eso mismo hacía el señor de los cuernos en ese lugar de la biblioteca. Felipe ahora solo miraba al escritor, sus labios se movían de forma natural cuando respondía las preguntas. No tenía nada que desentonara. Un escritor de veinte años que acababa de publicar una novela protagonizado por un hombre que en su cabeza se mostraban dos cuernos. Daniel la noche anterior escribió dos cuentos y el mismo ser era el personaje principal. Él lo había conocido hace unos días, tuvieron una conversación que ahora parecía no tener sentido y luego de salir de su lugar de trabajo había aparecido en el baño donde semanas antes un hombre mayor le había enseñado su pene para luego morir al mismo tiempo en una de las salas de lectura. ¿cómo se conectaban esos acontecimientos ¿el escritor y Daniel tienen algo que ver? La parte trasera de su cabeza comenzó a dolerle. ¿seguía en la realidad que todos estaban viendo? “voy a hablar con él” le susurró Daniel.

Capítulo 10

DIEZ

PERSONAJES

- ¿También escribiste sobre el mismo personaje? ¡Qué pequeño es el mundo! – cuando termino el conversatorio, Daniel se había acercado al escritor para contarle sobre su personaje en común, ni siquiera lo había dejado despedirse de la gente que estaba también escuchándolo. – entonces espera termino de despedir a la gente y hablamos.

Felipe seguía sentado, observando como ellos hablaban. Se sentía fuera de lugar. Ahora otra persona conocía la existencia del señor de los cuernos. ¿también lo habían visto en la Luis Ángel? ¿entonces no era una jugarreta de su mente? Todas las preguntas pasaban una y otra vez por su mente, sin detenerse, pero alrededor suyo si parecía que el tiempo se había detenido. Seguía con la sensación de una realidad diferente.

El escritor se acercó después de hablar con la entrevistadora. "si quieres vamos al café que está en el primer piso" le dijo a Daniel. Su amigo volteo a verlo y "vengo con él ¿no hay problema?", el escritor miró a Felipe como si hasta ahora captara su presencia a pesar de estar en primera fila durante todo el evento. Se quedó un segundo que pareció una hora con sus ojos negros sobre él. Se acercó.

-Mucho gusto, J – y le tendió su mano derecha. Felipe se quedó observando su mano ¿por qué este hombre que había escrito sobre el señor de los cuernos ahora lo saludaba? Pero de todos modos se levantó de la silla y le dio su mano. Con una respuesta casi inaudible dijo "Felipe".

Bajaron al primer piso. Al lugar no le entraba una sola persona más, así que decidieron pedir algo de tomar y salir a la puerta, ahí también se podía fumar. Ahora era de noche, tal vez las siete y media, la mente del muchacho no estaba preocupada por la hora. El cielo estaba completamente tapado por una densa capa de nubes, esta vez eran muy negras, no dejaban ver ni una sola estrella. Pero en ese rincón de Bogotá las luces decorativas daban una sensación de estar en otra época de la ciudad. Nada delataba que siguiera en la misma Bogotá donde él vivía. J con su americano se sentó en el borde de las pequeñas escaleras de la entrada, sacó de su chaqueta de cuero un Malboro. Le ofreció a Daniel que había pedido una gaseosa, pero él no fumaba cigarrillo, J entendió el chiste y sonrió. Aunque apenas habían cruzado palabra, ya parecían amigos de toda la vida. Luego le ofreció a Felipe que también estaba

tomando un americano y este aceptó con gusto.

-Bueno, cuéntame de esos cuentos que dices que mi personaje es protagonista.

-Pues imagínese que ayer me levante con la imagen de un hombre vestido de forma muy elegante y con el pelo muy blanco, pero lo curioso era que tenía dos pequeños cuernos entre todo ese pelo. Así duré todo el día hasta que no pude más y comencé a escribir, nunca me había pasado algo parecido. Siempre tenía la idea y podía esperar hasta la casa para plasmarla, pero con esto fue diferente. Veía al hombre caminando por la plaza de bolívar, él era de esos fotógrafos que se hacían ahí con una llama y tomaba fotos con esas cámaras todas viejas. Entonces lo escribí en un cuaderno durante una clase aburrida de fonética española. – Daniel narraba todo con su emocionalidad habitual y J fumaba sin quitarle la vista de encima. Felipe también fumaba, pero estaba viendo los libros de la vitrina, eso si no perdía detalle de lo que su amigo contaba – y aunque fue una historia muy simple, la escribí con mucho ímpetu. Las palabras salían de mi sin parar. Fueron tres hojas describiendo que hacía el hombre en la plaza, como tomaba fotos y ya. Sé que no es gran cosa, pero como le digo nunca había experimentado algo parecido.

-No está mal, a mí también me pasa. En algunas ocasiones cuando una idea me persigue en mi diario vivir, necesito escribirla de inmediato, es como si tuviera miedo de su desaparición. ¿Qué más pasaba con el hombre? – la voz de J delataba su intriga por la historia de su amigo. Y aunque tenían la misma edad, el escritor sopesaba cada palabra que decía, parecía mucho mayor.

-Ahí terminaba el primer relato. Fue como si me cabeza descansara de un dolor, pero luego vino otra imagen del mismo hombre, esta vez en la biblioteca Luis Ángel, ya sabe la que queda en el centro – el escritor asintió con la cabeza. Felipe se quedó mirando la nueva edición de rayuela que había publicado la real academia española. Pero al tiempo no estaba viendo nada. Al escuchar que el otro cuento era en el mismo sitio donde él lo había visto, su mente comenzó a deslizarse por los recovecos del recuerdo de dicho día. Seguía escuchando atentamente – acababa de llegar a la ciudad después de un gran viaje, no sé bien donde, no lo pensé en el momento. Entonces buscaba trabajo en la biblioteca.

-Cada vez esta historia es más curiosa. Imagínate que mi hombre con cuernos también trabaja en una biblioteca. Aunque su trabajo no es que sea muy reconocido – J interrumpió la historia con una voz muy suave, Felipe casi no pudo escuchar sus palabras – pero que pena, sigue tu historia.

- ¿De verdad escribió eso? – Daniel casi gritó esa pregunta, unas personas que estaban cerca voltearon a mirar, el chico se disculpó por la

imprudencia - ¿no le parece una cosa muy bizarra? ¿dos personas con el mismo personaje en la cabeza?

-Si es un poco extraña, pero tampoco es nueva. Muchos escritores comparten de cierto modo personajes, nosotros, aunque complejos tenemos muchas cosas en común, y esas cosas hacen que en ocasiones algunos personajes ficticios parezcan el mismo. Pero nuestro caso es diferente, lo que más llama mi atención es que sea un hombre prácticamente igual.

-Sí, cuando escuché de que trataba su nueva novela no me lo creía – Daniel volteo a ver a su amigo, este seguía en el mismo lugar, mirando el mismo libro. No pensaba que le interesará esa conversación, pero lo que no sabía era que pasaba en la mente de Felipe.

En algún momento mientras los dos jóvenes seguían su historia, el celular de Felipe vibró, pensaba que lo había apagado. Un mensaje de Laura. Le preguntaba si había visto las noticias de la siete. Siempre le decía que no veía televisión, pero al parecer seguía sin escucharle. Luego como vio que no le había contestado, envió otro, ese era el que acababa de hacer vibrar su bolsillo. "El muchacho que ayudaste el día de la marcha está muerto. Lo encontraron por el park way, dicen que no saben qué hacía por ahí, pero el caso fue que estaba recostado en un árbol y parecía dormido. Luego alguien fue a despertarlo porque ya era muy tarde y no respondía. Lo movieron y estaba manchado de sangre, alguien le había disparado en el corazón. Además de que su nombre era Andrés no tienen más información… eso es todo, pensé que tal vez te interesaría. En este país las cosas están muy locas, parce. Contéstame cuando puedas". Si, en este país las cosas están muy locas ¿por qué alguien le dispararía a ese muchacho? ¿quizá fueron los capuchos? No, ellos no eran asesinos, tal vez revoltosos incomprendidos que habían perdido el norte del porqué se crearon en primer lugar, aunque tal vez tampoco sabían desde el principio porque estaban luchando. Vivimos en un mundo en donde necesitamos tener algo con lo cual entretenernos, sentir que somos útiles, pero para matar a alguien se necesita más convicción. Felipe recordó que era la segunda persona que moría, después de tener algo un tipo de contacto en lo que llevaba viviendo en Bogotá. Primero ese hombre mayor del baño y luego Andrés. Aunque el primero había muerto de un infarto, así que fue natural de cierto modo, quizá ya debía irse. Pero el otro aún tenía mucho por hacer, y puede que no hubieran cruzado muchas palabras, aun así, notaba en sus ojos unas ganas absolutas por seguir viviendo. Daniel y J seguían hablando.

-…Entonces el hombre con cuernos es un observador, sigue la vida de los dueños de libros perdidos que terminan en su poder. Aunque de vez en cuando se interesa por alguno en particular. Cuando leas el

libro, que te lo voy a firmar, no te preocupes. – Daniel no pudo ocultar su emoción con una sonrisa. Había visto que Felipe miraba su celular, no sabía de la historia que se estaba perdiendo. – como decía, a veces ese hombre se interesa por la vida de algún lector de esta ciudad. Llega a su vida de formas muy variopintas y comienza a observar. No hace nada más. Y de ahí parten las historias que cuento, de cierto modo esas personas que elegía el hombre estaban conectadas. ¿crees que nosotros también estamos conectados? – preguntó para luego reírse – sé que es idiota, pero así lo siento.

-Yo también lo siento así, pero primero debo leer su libro, ya veremos cómo se desarrollan esos acontecimientos que me cuenta. – Daniel se había levantado y había sacado el libro de J, su compra tan ansiada la hizo mientras el escritor pedía las bebidas, el plástico seguía cubriéndolo – por ahora ¿puede darme su firma? – le ofreció el libro. Felipe volteo su mirada hacia ellos. La escena de dos hombres jóvenes mirando el mismo libro era casi bíblica, como cuando dios le hacía entrega de los diez mandamientos a Moisés.

Capítulo 11

ONCE

DOS CHICOS

J firmó el libro de Daniel. Se despidió porque tenía otro compromiso al día siguiente muy temprano para su desordenado horario de sueño y no debía trasnochar mucho. Se intercambiaron números. Cuando se iba a despedir de Felipe, primero se quedó mirándolo un rato, sus ojos negros brillaban con la luz artificial del lugar y sin decir nada más comenzó a salir del callejón. Daniel se quedó mirando esa escena y luego miró a Felipe. Este estaba algo extraño, más de lo normal. "¿está cansado?" le preguntó Daniel después de la partida del escritor.

-Si. Fue un día largo – respondió Felipe.

-Toca tomar bus en la séptima, no aguanta bajar al Transmilenio, son las siete y media y eso debe estar a reventar. - ¿Cuánto había pasado desde que salieron de la librería? Felipe sentía todo su cuerpo pesado. No entendía bien la sensación, pero no le gustaba.

-Está bien. Pero usted vive más lejos, quédese mejor conmigo – Felipe no quería pasar la noche solo. Quizá estuviera paranoico, pero volver al centro le incomodaba después de escuchar todo aquello.

- ¿Qué me quedé? – preguntó su amigo. Después hubo un silencio. La librería seguía con las luces encendidas, de noche tenía un toque diferente, como si no solo fuera una librería, como si la gente que estaba dentro planeara algo. Los pensamientos se agolpaban sin sentido en la cabeza de Felipe. Necesitaba descansar. – mañana tengo que madrugar a trabajar… pero creo que tiene razón. Vamos entonces a su rincón de fantasía. – se acercó y puso una mano en el hombre de Felipe - ¿seguro está bien?

-Sí, Daniel. Solo estoy cansado. Caminamos mucho, y pareciera que la conversación que ustedes dos tuvieron me hubiera cansado aún más. Hablaron de cosas muy extrañas. – Daniel rodeo el cuello de su amigo con el brazo y como en la tarde frente al parque nacional, comenzaron a caminar.

Un bus antiguo, de esos que no utilizaban tarjeta, sino que se pagaba en efectivo, se detuvo frente a ellos. El conductor no espero a que terminaran de subir y arrancó. Apenas había dos personas al fondo. Pagaron los dos pasajes y se hicieron en los primeros asientos del destartalado bus. El vehículo era viejo por donde se miraba, pero eso no quitaba lo cálido que se sentía dentro. En los nuevos buses no se sentía eso.

-Si estaba escuchando. Pensé que no le interesaba lo que nosotros decíamos.

-Si me interesa. Es muy raro eso de un personaje escrito por dos personas que no se conocen. ¿no cree que no tiene mucho sentido? – el bus pasó por encima de un hueco y todo dentro se movió de improviso.

-Tampoco es que la vida tenga mucho sentido. Digamos usted fuma, eso lo puede matar en cualquier momento. Usted lo sabe y aun así lo hace. ¿Dónde está la lógica ahí? – Se quedaron mirando, Felipe hablo sin pensar.

-Comencé a fumar hace un mes. Nunca antes lo había probado, pero ese día no pude evitarlo. Desde entonces fumo todos los días. – Daniel se quedó esperando a que él prosiguiera su historia. Felipe no dijo nada unos segundos más. ¿debería contarle lo que pasó ese día? Quizá así podría entender que estaba sucediendo en su vida. – antes de que comenzara a fumar un hombre murió en el cuarto piso de la Luis ángel. Le dio un infarto. Yo vi cómo la gente estaba alrededor suyo y después como dos asistentes del lugar sacaban el cuerpo por toda la biblioteca.

-Vaya, no sabía. Pero como me lo cuenta, usted no conocía al señor, entonces ¿por qué quiso fumar?

-No lo sé muy bien, pero sentí como una parte de mí también murió. Sé que suena estúpido, pero tuve un impulso de salir corriendo del lugar y buscar en cualquier lado un cigarrillo. Cuando estuve en la calle, pedí uno al vendedor ambulante que estaba al frente. Como le dije nunca había fumado y no sabía bien cual elegir. Vi la caja roja con blanco del Malboro y pensé que sería una buena opción. – Felipe soltó una débil sonrisa – curioso pensar que algo que te puede matar es una buena opción, pero así suelo pensar. Cuando lo coloque en mis labios sentí algo cálido, quizá lo que más se le pueda parecer es a un beso bajo una lluvia, cuando las bocas de las dos personas están cálidas. Luego lo encendí. Escuchaba como se comenzaba a quemar el papel e inhale. Todo el humo entró a mi cuerpo y sentí que me abrazaba. Debe ser como el abrazo de la

muerte.

-Bonita forma de describir algo que no es muy bueno que digamos.

-A lo que quiero llegar es que simplemente tuve la necesidad de fumar después de lo que había pasado. Quizá de algún modo llenar mis pulmones de ese humo me hace sentir menos vacío. ¿tiene algún sentido? – Felipe volteo a mirar a Daniel. Sus ojos oscuros se veían tan luminosos, seguía extasiado por el encuentro con J. Sin esperar respuesta, Felipe colocó su cabeza en el hombro de su amigo y cerró los ojos. – a veces siento que no controlo lo que está pasando a mi alrededor. Antes, cuando vivía en el pueblo no me pasaba nada. En serio mi vida solo era una copia del día anterior. Pero desde que llegué a esta ciudad tan fría, siento que camino por un sendero ya marcado. Lo he pensado desde que hablamos de mi carrera. Quizá deba dejarla, pero no puedo malgastar el dinero de la matrícula, así como así. – un relámpago se escuchó a la lejos - Y luego me vuelvo a dar cuenta que, aunque tome decisiones, estas no se pueden cumplir porque otra cosa ya controla mis pasos. No sé a dónde me lleva eso que me controla o si simplemente soy yo que quiero explicaciones a mi estúpida indecisión.

Felipe no dijo más. Daniel tampoco respondió nada. Los dos siguieron sentados en ese viejo bus. Transitaban por una séptima vacía hacia el sur, pero llena de carros hacia el norte. De pronto comenzó a llover. Sin avisar con pequeñas gotas o una brisa fría, el cielo descargó gruesas gotas de lluvia. Los dos chicos seguían sentados mientras el bus los llevaba al centro. Las personas detrás de ellos también seguían tenían un destino, solo ellos sabían cuál era. El bus en el que estaban montados seguía el camino que la avenida le trazaba. Las personas fuera del vehículo también andaban por una ruta ya establecida, aunque lo hacían sin darse cuenta. Era tan natural caminar senderos ya hechos que a nadie parecía importarle crear nuevos. A lo lejos, los cerros orientales miraban impasibles el transcurrir del tiempo.

Capítulo 12

DOCE

TRANQUILIDAD

Caminar desde la décima hasta la carrera tercera era toda una odisea. En cierto momento, la séptima se convertía en décima y luego en una avenida llena de vendedores ambulantes por lado y lado de la acera. Y detrás de ellos, edificios viejos, tan altos que sofocaban el aire del lugar. Justo encima de estas murallas se veía una delicada neblina negra. El cielo no existía en esa parte de la ciudad. Al llegar a la décima con Jiménez debían subir por todo el eje ambiental hasta la estrella y ahí la ruta que siempre tomaba a su casa. Ese eje ambiental era un río canalizado, a veces no existía y solo se veían a personas durmiendo en los estanques vacíos. Luego, como hoy, después de una fuerte lluvia, los canales estaban a rebosar. Y muchas personas lavaban cosas o se bañaban. El río, aunque atrapado no dejaba de ser útil. El mundo seguía su rumbo, las necesidades de una persona no iban a parar el tiempo, nada iba a parar ese ir que hacía a todo moverse hacia un mismo lado.

Caminaban sin hablar. Los dos se sabían el camino, así que nadie guiaba. Felipe aún seguía perdido con la hora. ¿hace cuánto fueron las siete y media? Después de entregarle a Daniel una parte de su angustia, sintió cierto descanso en su pecho. Pero, de todos modos, sus pensamientos seguían apareciendo en su cabeza. La puerta de la casa donde vivía lo trajo al mundo de nuevo. En ningún momento se dio cuenta que habían llegado, estaba tan entregado a su mente que no notaba nada más. La mano de Daniel estaba extendida hacia él. El chico le entregó las llaves y abrió la gran puerta. Ante ellos el corredor oscuro que desembocaba en el mini patio interior de las casas antiguas. Entraron. Se escuchó el crujido al cerrar la puerta. Sin encender ninguna luz caminaron hasta el patio. Ahí la luz, aunque tenue iluminaba lo que quedaba de recorrido. Unas escaleras los llevaban a su habitación.

-Dice Laura que yo le gusto – Felipe soltó esa frase sin pensarla. Ni siquiera se acercaba a sus verdaderos pensamientos. ¿por qué la había dicho?

-Esa Laura no puede guardar un secreto. – habían llegado a la entrada de su habitación. – pues sí, por algo me gusta pasar tiempo con

usted.

-Pero pensé que le gustaban las mujeres.

-También. No tengo preferencias a la hora de decidir quién me gusta. ¿cree que el sexo es crucial para eso? – Daniel se hizo en la baranda del pequeño pasillo. Se quedó mirando el patio abajo.

-Nunca lo había pensado. Yo siempre he tenido gusto por los hombres. Desde pequeño, eso sí, nunca le había dicho nada a nadie. Supongo que mi papá lo sabe, pero no tocamos el tema. De todos modos, no creo que le moleste.

-Así que es un gay común y corriente. – dijo Daniel.

- ¿Gay común y corriente?

-Sí, de esas personas que no dicen que le gusta y que no, y se pasan su vida tranquilamente sin molestar a nadie. Pero no hacen nada para ayudar a los demás.

- ¿Tengo que ayudar a los demás gays? – Felipe no se había planteado eso. Simplemente vivía su vida sin molestar a nadie, así nadie se metía con él.

-No es que tenga, pero creo que deberíamos. Muchas personas no tienen voz en eso, aunque seamos afortunados en no recibir críticas por lo que nos gusta, hay otras que su forma de ver la vida no es aceptada. – Daniel seguía mirando el patio – y tampoco quiero ser la voz de la conciencia… es muy aburrido cuando le dicen a uno que debe ir a marchas y ser orgulloso de lo gay que es. Yo estoy en un punto de no querer decir si soy esto o lo otro, pero no me molesta, me gusta esa ambigüedad. Es divertido conocer a personas sin pensar en sus genitales.

- ¿Entonces cómo se puede ayudar a los demás?

-Eso no tengo porque decirlo. Cada uno encuentra su manera. Es bueno saber que en esta vida podemos serle útil a otros, así sea con un consejo. – Daniel volteo a mirar a su amigo. – no se vaya a desanimar, usted no es mala persona, solo que no nos han educado para entender a los demás, eso nos toca a nosotros solitos.

-Siempre trato de entendernos, pero somos tan complicados.

Daniel soltó una risa para luego taparse la boca con las manos, podría despertar a alguien. Se acercó a Felipe “si, somos tan complicados”

y le dio un beso en la frente. Abrió la puerta de la habitación y se perdieron en la penumbra.

Capítulo 13

SEGUNDA PARTE

Irrealidad

"... Hay un montón de cosas de mí mismo que no entiendo. Esto nos sucede a las personas corrientes".

Haruki Murakami. Tokio Blues, Norwegian Wood.

TRECE

VUELVE

¿Cuántos días han pasado? De pronto la mente de Felipe se encendió. El interruptor que lo hacía ver la realidad volvió a ser oprimido. Estaba en el sofá. Llevaba un bóxer ajustado de color azul y una camiseta blanca que le quedaba grande. En sus piernas tenía una copia de desgracia, ya le quedaban pocas páginas. De fondo el álbum Honeymoon. Sentía que no había nada más fuera de esa habitación. Se levantó y fue al baño. Al mirarse en el espejo noto que tenía una barba crecida y alborotada. No solía dejarse crecer la barba, porque salía por todos lados y lo hacía ver muy viejo, ya era suficiente con cumplir años para sentirse así. Pero esta vez se la dejo. Solo se la cortó un poco con unas tijeras. Se desvistió y bañó. El agua estaba helada, la ducha no tenía calentador así que ya se había acostumbrado al glacial golpe. Aun así, seguía como embobado, no es mi palabra, Felipe se sentía exactamente embobado. Salió desnudo y sin secar. Fue a la cocina a preparar algo de desayunar. ¿hace cuánto no probaba un desayuno decente? En la pequeña nevera que estaba debajo de la alacena, había una leche de no se sabe cuánto tiempo, unos huevos, tomate, cebolla cabezona y nada más. Para ser una nevera pequeña se veía gigante con solo esas pobres cosas. Cerró la nevera. De nuevo al baño, esta vez a lavarse los dientes. Se los lavó con tanta concentración que no supo cuánto tiempo duró en esa tarea. Subió

las escaleras de madera que lo llevaban a su habitación. La cama seguía destendida. Busco la toalla y cuando iba a secar su cuerpo se dio cuenta que ya no la necesitaba. Luego se dirigió a la ropa que estaba entre el montón del rincón. Camiseta blanca, esta vez no le quedaba grande, jean azul oscuro, zapatos negros y chaqueta azul. El celular comenzó a sonar. ¿Dónde está esa cosa?

-Alo. – no miro de quien era la llamada.

- ¡Por fin! – el grito de Laura lo devolvió de cierto modo a la verdadera realidad. - ¿dónde putas has estado? Te he llamado durante una semana, Felipe ¡una maldita semana! No me preocupe más porque el señor Fabio me dijo que estabas en tu habitación sin querer salir.

-No quería ver a nadie – verdad a medias – solo pase tiempo leyendo y haciendo nada – verdad absoluta – creo que me sentía muy agobiado con la universidad.

-Puedo entender eso, pero ¿tú puedes entender que hay personas que se preocupan por ti? – no entendía muy bien a su amiga ¿de verdad había personas que se preocupaban por él? Sabía que sí, solo que no lo recordaba. Todo seguía difuso.

- ¿Puedes venir? No sé ni qué día es. Me gustaría hablar con alguien y saber que ha pasado.

-Sí que eres un pendejo. – la voz de Laura estaba más calmada – voy a salir del semillero y caigo. ¿te llevo algo?

- ¿Maruchan? – de un momento a otro sintió un deseo irresistible por comer esas pastas precocidas.

-Está bien. Ya nos vemos. – y Laura colgó.

Mientras su amiga llegaba, decidió revisar el correo de la universidad. Busco su portátil entre el revoltijo de su cama. Seguía conectado al cargador. Cuando lo encendió lo atacó la imagen de un hombre siendo penetrando por otro. Menos mal había mirado el portátil antes de que llegara Laura. Cerro el video y abrió el correo. Además de los mensajes basura de la universidad, había cinco correos; el primero del profesor de derecho romano, quería el ensayo para el jueves de la otra semana ¿la que había pasado o la que iba a pasar? Seguía sin saber muy bien en qué momento del tiempo se encontraba. El siguiente era de Carlos, preguntaba porque no había ido a su clase, tenía pensado hacer un debate y quería que él fuera su moderador. ¿Carlos quiere que sea su moderador? Pensó que cualquier cosa rara que le hubiera pasado no se comparaba a ese correo de su guapo profesor. Los otros tres eran de Laura. Los dos primeros contenían los trabajos que debía hacer para

introducción al derecho y el taller de lectura que veía con Daniel. El tercero era la foto de ella sacando la lengua y a su lado Mauricio. Así que siguen juntos, también estaba Daniel. Se le veía más pálido de lo normal, y con un semblante más bien triste. Estaba mirando hacia otro lado. Lo que más le llamaba la atención era el por qué le enviaba esa foto por correo y no por WhatsApp, no estábamos en la década de los 2000’s.

Capítulo 14

CATORCE

AMIGOS

Mientras el agua hervía en la estufa, Laura se sentó en el sofá que le había regalado a su amigo. Felipe estaba mirando la olla que contenía el agua. "¿solo estuviste leyendo toda esta semana?" le preguntó la chica.

-Si. Aunque tampoco es que recuerde mucho lo que he leído. – Laura seguía mirando a su amigo. Algo no andaba bien.

- ¿Has hablado con Daniel?

-No. La última vez fue cuando lo acompañé a la librería y él se quedó aquí. – Felipe seguía observando el agua. El líquido nada que hervía y él sentía mucha hambre. – luego no recuerdo mucho. Supongo que se fue y ha pasado una semana de eso. - ¿por qué no recuerdo esa semana? No entendía, era como si esos días hubieran sido borrados, aun así, no estaba asustado, otra vez tomaba todo con una calma que asustaría a cualquiera.

- ¿Qué no recuerdas que ha pasado? ¿Cómo es eso? – Laura se levantó – y ya deja de mirar la olla, así no va a hervir más rápido. – Felipe quitó la vista del recipiente. El agua comenzó a hervir. – Entonces solo te la pasaste leyendo.

-Así es. – Felipe tomó el maruchan que la chica había dejado en el mesón, le quitó el envoltorio, abrió la tapa de papel hasta la mitad, buscó un trapo para tomar la olla y colocó el agua en el maruchan, tapó el recipiente. – sé que es raro, pero sentía que necesitaba dejar de ir a la universidad. Estaba cansado de ese lugar.

- ¿Por qué no me habías dicho que no estabas seguro del derecho?

-Daniel no guarda nada. – Felipe se apoyó en el mesón de la cocina. Miró a su amiga. La notaba cansada. - ¿ha habido más marchas?

-No, desde esa vez todo ha estado calmado… no me cambies de

tema. Estoy preocupada por ti.

-Y yo estoy preocupado por ti. Te veo cansada. Tienes ojeras y estas son más pronunciadas de lo normal, además tienes ese pelo todo alborotado. ¿Qué pasa?

-No vine a hablar de mí…

-Lo sé, pero ahora lo haremos. Sería un mal amigo si no te preguntará que está pasando o que ha pasado en estos días.

-Mmm… desde que me enteré de la muerte de ese muchacho de la marcha no he podido dormir bien. Sueño con él.

- ¿Con Andrés? Sí, yo también he sentido que murió pronto…

-No es solo que haya muerto muy pronto. Felipe es como murió y que hasta hace solo unos días él hubiera estado en la misma habitación que nosotros. Y ahora no existe en este mundo. Nunca había conocido a alguien que estuviera muerto.

-Yo tampoco – tomo el maruchan. Abrió la tapa de papel. Tomó un tenedor del lavaplatos, lo iba a meter a la comida, pero Laura lo miró con cara de si lo haces te pegó, así que lavo el tenedor y comenzó a comer. Era de sabor a pollo, aunque así no sabía el pollo. Estaba rico. – pero tampoco podemos atormentarnos, Laura. Nosotros no tenemos la culpa… mucha gente muere a diario y ni siquiera sabemos de su existencia.

-Eso lo entiendo… - su amiga se volvió a sentar en el sofá – lo que me perturba son los sueños que tengo. Son tan vividos. Veo a Andrés en la séptima, marchando y luego comienza a brotar sangre de todo su cuerpo. Se ha repetido mucho esa escena. ¿Crees que por fin me volví loca? – Felipe soltó una carcajada, casi bota las pastas.

-El que está loco soy yo. Al menos lo tuyo son sueños – no siguió hablando, no podía seguir hablando.

- ¿Cómo así? – la pregunta de Laura estaba cargada de preocupación - ¿Qué no me has contado?

-Nada… es que a veces me siento fuera de lugar y creo que no estoy en esta realidad.

-Todos nos sentimos de vez en cuando así – la voz de Laura se relajó – estamos en un país en donde las cosas que pasan a diario superan a cualquier película de Marvel. Es curioso como acá no se hacen películas que no sean comedia o narcos, hay tantas cosas raras aquí que

serían películas re entretenidas.

- ¿Re? – Felipe se quedó con el bocado a mitad de camino - pensé que entre nosotros no íbamos a utilizar ese prefijo – el muchacho contenía una carcajada.

-Porque somos muy intelectuales para hablar de ese modo tan ñero. – Laura también estaba que soltaba la risa – pero estamos en el centro, parce. Aquí está todo reunido, la prole y las ratas. Ya sabes quiénes son las ratas.

-Claro, las ratas de la plaza de Bolívar, esos rehijueputas.

Los jóvenes no aguantaron más y soltaron su risa. No se sabe cuánto duraron riéndose, pero cuando terminaron, la tensión que se había ido formando en la habitación se disipó por completo. Felipe se sentó al lado de su amiga "No sigas pensando en eso. Hay cosas que se salen de nuestras manos". Y colocó su mano izquierda en la pierna de Laura.

-Lo sé, pero al saber que pudo ser diferente, si hubiese más opciones… me siento impotente. ¿Por qué carajos queremos saber tanto si al final eso nos hace más desgraciados?

Laura colocó su cabeza en el hombro de su amigo. Así se quedaron un buen rato, cuando menos se dieron cuenta estaban recostados en el sofá, antes de quedarse dormidos, Laura dijo "Nunca te había visto con barba, te luce". El maruchan estaba en el piso. Vacío claro está. Aquí nadie desperdicia comida.

Capítulo 15

QUINCE

DECISIONES

Mientras terminaba de arreglarse para ir a clase, el celular vibro. Era su papá.

-Hola pa.

- ¿Qué ha pasado? En toda la semana no me ha contestado el celular – su padre no estaba enojado, quizá un poco preocupado.

- No ha pasado nada. Es que no me sentía bien y tampoco quería hablar con nadie.

- ¿Quiere que vaya? Puedo tomarme un fin de semana…

-No, que se va a pegar ese viaje. Estoy bien… quizá un poco estresado por la universidad y el clima de esta ciudad. No se preocupe.

- No sé, Pipe. Usted solo viviendo en esa ciudad tan peligrosa… y todas esas marchas y peleas. Acá no pasan esas vainas.

-Es como cualquier ciudad. – a su manera su padre se preocupaba por él, desde que era pequeño habían vivido juntos y era la primera vez que se separaban por tanto tiempo. Felipe lo extrañaba en algunas ocasiones. – y no está mal que se den esas marchas, es por una buena causa.

-Yo sé, pero uno se preocupa. – al fondo se escuchó que alguien gritaba su nombre – bueno hijo, lo tengo que dejar, acá no pueden hacer nada sin uno. Me avisa cualquier cosa.

-Sí, usted vaya y haga lo suyo. – su padre colgó.

Lunes. Hoy su clase era con Carlos. Sentía cierto cosquilleo en el estómago. Aunque seguía tratando de recordar que había hecho la semana pasada, no podía negar sus ganas de ir clase. Tal vez ese descanso si lo necesitaba. Su celular se encendió, un mensaje de Daniel. Estoy afuera, salga. Agarró su maleta y salió de su habitación. La luz natural que entraba por el techo descubierto del patio lo deslumbró. Pudo

sentir la semana encerrado.

Daniel estaba fumando un cigarrillo al frente de la casa. Cuando Felipe abrió la gran puerta se quedaron mirando un momento. Los ojos de su amigo se notaban cansados. Llevaba una camisa de manga larga a cuadros, un pantalón negro y botas cafés. La última vez lo había visto en bermudas ¿la gente puede cambiar tanto con solo ropa? El muchacho se acercó a la otra acera y le dio la mano.

- ¿Por qué se encerró así de feo?

-Ya deberían dejar de preguntarme eso. Solo quería estar solo.

- ¿Después de lo que pasó?

Felipe miró extrañado a su amigo. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue "¿tiramos?" Daniel puso los ojos en blanco.

-No parce, no tiramos… y aunque lo hubiéramos hecho no estaría diciéndolo así.

- ¿Entonces?... – Felipe se quedó mirando la mano de su amigo, tenía un Malboro - ¿no que no fumaba cigarrillo?

-Las mañas se pegan – acercó el cigarrillo a sus labios e inhaló una gran bocanada. Encerró en su boca el humo, miro hacia el cielo y expulsó. Era raro verlo fumar. – hablo de la conversación con J. Le quería mostrar los cuentos y usted se desapareció. – no solo era eso, había algo más y su semblante lo delataba.

-Sabe que me puede enviar eso en cualquier momento… ahora dígame que tiene. – se quedó viendo a su amigo y le quitó el cigarrillo de su mano. – y deme un poquito.

Se recostaron contra la pared de la casa que tenían detrás.

-Se ve churro con la barba.

-Gracias. – que Daniel le dijera eso, era de cierto modo reconfortante. Se hizo un silencio, él esperaba que su amigo dijera lo que lo tenía como cansado, mientras tanto miraba el cielo. Las nubes se agolpaban y peleaban por ser la más grande. Tengo que volver a ver al señor de los cuernos, su pensamiento se fue hasta la Luis ángel.

-Mi mamá se murió la noche que me quede acá. Cuando me fui para la casa me llamó un tío, que dónde estaba, que porque no avisó lo que había pasado. Llegué y allí estaba, acostada en el sofá, con la biblia en la mano. Me toco llamar a una ambulancia, ellos dijeron que mejor llamara de una

vez a la funeraria, yo pregunté qué había pasado, ningún vecino me dijo nada, luego un enfermero de la ambulancia dijo que había muerto dormida, que lo más probable era que no hubiera sufrido nada. Eso me alegró un poco. Lo quise llamar, pero estaba en su mundo, parce… me dolió un poquito, pero cada quien ¿no? Entonces hace dos días fue el funeral, fueron familiares que ni me acordaba que tenía. Se quieren apoderar de la casa, porque dizque era de mis abuelos y mi mamá se la adueñó. Malparidos, estuvieron lejos todo este tiempo y ahora se les dio por venir a joder. – Daniel comenzó a llorar, sus lágrimas eran gigantes y su rostro se convertía en el de un pobre bebé indefenso. Felipe seguía mirando el cielo. – y ahora no sé qué hacer… no tengo nada.

-Quédese conmigo. Venda esa casa, supongo que su mamá tenía los papeles. Váyase de ese lugar. A veces uno tiene que dejar ir lo que ha pasado, ya nada lo ata ahí.

Daniel se quedó mirando a Felipe, secó los ojos con la manga de la camisa. "¿lo dice en serio?" la voz delataba toda la sorpresa.

-Sí, no puede quedarse, así como así en la calle. – desde que despertó ayer habiendo olvidado la semana anterior, sentía que poco a poco una fuerza surgía de él, veía las cosas con más detenimiento, quería hacer todo lo que antes no hacía, decir todo lo que antes no decía, no dejar escapar nada. Sentía ganas de ser invencible.

-No le conocía esa parte decisiva. – un silencio se atravesó entre los dos. Fue tan denso que ninguno supo que decir después de eso. Durante esos segundos de silencio absoluto, una imagen cruzó la mente de Felipe; las escaleras del primer piso. La puerta estaba ahí ¿podía ir a visitar al señor de los cuernos? Quería saber su historia y porque su realidad en ocasiones estaba tan difusa.

-Yo tampoco la conocía. Supongo que estos días me han hecho pensar las cosas con perspectiva. – se volteo hacia Daniel. Sus caras quedaron una frente a la otra, como estaban recostados en la pared, tenían la misma estatura. – voy a terminar este semestre, pero el otro me voy a meter a literatura… supongo que mi papá se va a poner puto, pero quiero hacerlo. – Daniel tomó la mejilla de Felipe con su mano derecha, se acercó y lo besó. Los labios de Daniel eran cálidos, acolchados y babosos. Su lengua viajó por toda su boca y jugó con la suya.

- ¿Ya le dije lo sabroso que se ve con barba? – le dijo Daniel.

Capítulo 16

DIECISÉIS

OTROS RUMBOS

Otra vez la rutina. Sentado en el puesto de siempre en el salón de siempre viendo una clase que ya no le interesaba, quizá nunca le había interesado. Mientras Carlos hablaba del concepto de ley y la aplicación en la sociedad, Felipe trataba de recordar lo que había hecho la semana pasada. Lo último que recuerda con claridad es entrar a su habitación con Daniel, después todo está desperdigado. Ve a Daniel saliendo por la puerta, a él mirándolo desde el segundo piso, bajando a comer algo y escogiendo un libro de su biblioteca. De ahí sus recuerdos saltan a otro día, esta vez está solo y sentado en el sofá, una taza de café en el piso y un libro en sus manos ¿será el mismo del recuerdo pasado? Así transcurren sus recuerdos de esos días, hasta que despierta el domingo con el libro de Coetzee en el regazo. Cuando despertó sintió que salía del agua, como cuando se quiere tocar el fondo de una piscina y todo adquiere una perspectiva diferente, mientras más cerca está el fondo más pesado y lento se ve todo, luego cuando regresa a la superficie, faltan unos segundos para entender dónde se está y que está pasando.

Con su cabeza apoyada en la pared, mira sin mirar a su profesor. Ahí está, existe y lo puede escuchar, pero sus pensamientos lo hacen dudar, se va y regresa de sus recuerdos, retiene aire para hundirse en la piscina, luego salé y aun no reconoce que está pasando. En un momento, cuando está en la superficie, Carlos tiene sus ojos en él, sigue hablando sobre el tema, pero solo lo mira a él. Esa mirada de ojos verdes lo incomoda, ya no siente la fascinación por entender las palabras del profesor, ahora que está en la superficie y la realidad se va armando de nuevo, sus ojos no le gustan… saben algo que Felipe no, entienden la vida de un modo que quisiera tan solo atisbar. Luego mira el tablero, la letra del profesor ya no es diferente, se ve aburrida, no esconde nada detrás de sus palabras. Y sus ojos, aunque esconden algo, ya no le causan ningún tipo de confianza. Alguien le pone la mano en el hombro.

- ¿Me acompañas a la cafetería? – le dice Laura al oído.

-Si.

Al levantarse del puesto tiene la necesidad de salir corriendo. Su amiga le está diciendo al profesor que ya vienen, él no pregunta a dónde van. Ya

no lo mira. Salen y se tropiezan con un pasillo vacío. “Ven que te quiero contar algo” dice su amiga. Se dirigen a la cafetería. Es el lugar en donde pasan la mayor parte del tiempo juntos, almuerzan y hacen trabajos. Hablan sobre cualquier cosa, en esos momentos nada importa, solo ellos dos y sus voces. La cafetería también se ve desolada. Todos deben estar en sus clases. Laura se sienta en la primera mesa que ve, Felipe la imita.

-No voy a seguir el otro semestre – sentencia Laura. Felipe no conecta lo que acaba de decir ¿está sumergido en la piscina? Al ver que él no dice nada, su amiga continua – este semestre he estado estudiando para el examen de la nacional, por eso a veces me veía más cansada de lo habitual… sé que ayer hablamos de la confianza y todo eso, pero no le dije a nadie, ni a Mauricio – volvió a detenerse. ¿quería que Felipe dijera algo? - ¿no vas a decir nada?

-No sé qué decir – y en serio su mente volvía a estar difusa, pensó que al sentirse tan seguro de sí mismo en la mañana, cuando estaba con Daniel, el resto del día sería igual. Pero volvía a tener dudas, volvía a sentirse confuso con lo que la realidad le ofrecía. – ¿Cuándo es el examen?

-Fue ayer. Por eso andaba por acá, fue en esta universidad. chistoso como se presta una universidad para que otra le quite estudiantes. – silencio de nuevo. Felipe la interrogó con la mirada – sí, pasé.

- Supongo que debo felicitarte… no esperaba nada menos de ti. Aunque bromeaba sobre tu cara de cansada, sé que eres muy inteligente. ¿seguirás con derecho allá?

- Seguiré, pero en Ciencias políticas, tiene más de lo que me interesa. Quería que lo supieras para que entiendas que eso no va a cambiar nuestra amistad. Podemos seguir viéndonos y haciendo lo que hemos estado haciendo. – Felipe sabía que eso no iba a pasar.

-Pues claro mujer, somos amigos después de todo. Yo también tengo una noticia. Voy a cambiar de carrera, me paso a literatura.

- ¿Literatura? – Laura soltó una pequeña risa – así que Daniel te convenció, ese lo quiso hacer conmigo, pero yo soy dura de roer.

-No solo fue él. También he pensado mucho en lo que quiero… bueno no tanto como quisiera, pero quiero elegir que voy a hacer el resto de mi vida, estoy cansado de que elijan por mí. Espero que me entiendas.

- ¡Claro que te entiendo! – Laura sonreía de oreja a oreja. Tal vez si se siguieran viendo el otro semestre después de todo – y para celebrar, vayamos por unas polas el viernes.

-Pensé que nunca lo ibas a decir.

Mientras hablaban, comenzaron a llegar personas de todos los rincones de la universidad. Cuando Felipe sintió ganas de un tinto, la cafetería no podía mantener una sola alma en su interior.

Capítulo 17

DIECISIETE

UN SUCESO QUE NO ESTABA PLANEADO

¿Alguna vez han sentido que dan un paso sin decidirlo? Así se iba convirtiendo mi vida. No tengo idea en que momento decidí todo lo que he decidido. Me sigo preguntando ¿de verdad lo hice? ¿mi cerebro acaso conectó no sé qué neuronas para decidir hacer cualquier cosa? Mi cabeza me está comenzando a doler…

Felipe fumaba un cigarrillo en la esquina de la estrella, veía pasar a la gente de un lado a otro. Algunos iban al trabajo, esas oficinas que quedaban en edificios altos y viejos, pero que le llamaban mucho la atención, aun así, no pensaba entrar alguna vez a uno de esos lugares, perderían la intriga. También estaban estudiantes que salían o entraban a alguna clase, se podían diferenciar por su caminar, los segundos tenían una forma de andar muy rápida, sus piernas apenas se podían ver, mientras los primeros caminaban tranquilamente, nada les preocupaba. Se quedó mirando un momento su cigarrillo; Malboro rojo, no se llamaba así, pero para distinguirlo de toda la gama de nicotinas saborizadas que existían, lo nombraban de ese modo. Ya casi se acababa, quedaban tal vez uno o dos plones. El cigarrillo había cumplido con su cometido, relajar la ansiedad de él a un humano cualquiera y acercarlo a alguna terrible enfermedad. Felipe no pensaba en eso, para él solo era un cigarrillo y ya.

Lunes. Hoy había decidido encontrar la puerta que lo llevaría al señor de los cuernos de nuevo. Aunque estaba dilatando mucho el momento ¿qué podría pasar por su cabeza? ¿por qué no quería ir a donde debería estar? Al inhalar el último humo del cigarrillo, lo lanzó al suelo y lo pisó con su pie derecho. Quizá eran las cuatro de la tarde, el sol estaba escondido detrás de grandes nubes grises, lo más seguro es que lloviera en la noche. Debo ir donde el señor de los cuernos, otra vez el mismo pensamiento, sabía dónde debía ir, pero su cuerpo no le parecían dichos pensamientos. Sus piernas caminaron hacia la estación de museo del oro. No miro atrás, solo camino hasta llegar a la entrada. Saco la tarjeta tu llave y pagó los dos mil cuatrocientos pesos que costaba el pasaje, un robo, todos lo sabían. El lugar estaba casi vacío, una que otra persona esperando algún bus o matando el tiempo. Llegó un J23 y se subió. Dentro tampoco es que hubiera muchas personas, pero a mitad del

pasillo, un señor estaba cantando, de seguro era alguna canción vieja, un bolero, no conocía casi nada de ese tipo de música. Al terminar, el hombre dijo "Sé que no es problema suyo, pero esta es mi forma de trabajar, así gano para la comida y para pagar la habitación donde vivo. Espero no haberlos incomodado, cualquier ayuda se le agradece…" al decir aquello, comenzó a caminar por el vehículo, nadie le dio una sola moneda. Felipe seguía en la puerta. El Transmilenio ya iba a llegar a la estación de aguas, la última parada, después volvería sobre sus ruedas hasta el portal de las Américas.

Entró a la estación. Casi ni pudo salir del bus porque al abrirse las puertas las personas que esperaban entraron cuales ovejas arriadas por un perro. Se tropezó con varias y tuvo que empujar para poder salir. Aun así, no dijo nada, por lo menos toda esa gente ya se estaba alejando. Las aguas se unía con la estación universidades, por un túnel que atravesaba la calle diecinueve. En dicho lugar se reunían más personas buscando ganar dinero. Había desde vendedores de empanadas, cantantes y gente que hacía recargas de celular, de todo para todos. Mientras caminaba hacia la otra estación, Felipe vio que en las paredes había fotografías de personas en blanco y negro ¿publicidad? ¿alguna forma de acercar a los mortales al arte? ¿simple decoración? No se entendía mucho que digamos la existencia de esas fotos. Por fin otra vez en la superficie. Esta parte de la estación estaba igual o peor de concurrida. Gente tratando de pasar por entre las filas que otros hacían para esperar su Transmilenio, otros esperando a que se subieran unos para pasar, hasta fuera del lugar una que otra persona esperaba que se bajara la cantidad de gente para poder entrar. En un día cualquiera todos estarían gritando, y aunque era un día cualquiera, todo el mundo estaba en silencio. Ni siquiera la respiración de alguien llegaba a oídos del muchacho. ¿por qué todos están tan callados? Cuando llegó el 1 que los llevaba al portal el Dorado, las personas comenzaron a entrar, a pesar de la falta de ruido, seguían entrando como si su vida dependiera de eso. Cuando la mayoría estaba dentro del bus, Felipe pudo distinguir al señor de los cuernos, estaba leyendo un libro a mitad de la fila que iba al portal del norte, justo al lado de donde se encontraba. Muy pocas personas tenían la vista al frente y nadie la tenía arriba, así que no podían ver los pequeños cuernos que sobresalían de su cabellera blanca. Felipe se acercó al hombre.

-Señor de los cuernos, pensé que no salía de su lugar de trabajo – ni siquiera un saludo, seguía siendo igual de descortés que la primera vez.

-Felipe, cuánto tiempo sin verte. ¿Qué puedo decir? En algunas ocasiones me gusta visitar las librerías, entonces por desgracia debo salir de mi hogar y subirme a estos... cómo decirlo de una manera amable ¿latas de atún? – el señor de los cuernos soltó una débil risita – pero debo

confesar que no te esperaba ¿qué te trae por acá?

-No sé muy bien porque me subí al Transmilenio, pero ya que está usted aquí ¿podemos hablar un momento? – justo en ese momento llegó el B74.

- ¿por qué no nos subimos y hablamos con mayor calma? Ya que estamos los dos aquí, no pasa nada que hablemos en un Transmilenio ¿no lo crees?

-No, creo que está bien hablar en un Transmilenio.

Los dos personajes subieron al B74.

Capítulo 18

DIECIOCHO

SIGUES SUPONIENDO

Felipe siguió al señor de los cuernos a la mitad del Transmilenio, ahí era donde se unían los dos buses que formaban esa bestia bota humo que tanto encantaba a los políticos de la ciudad. El señor de los cuernos caminaba sin tropezarse con nadie, todas las personas se detenían mientras él pasaba, pero cuando Felipe quería hacer lo mismo, lo empujaban y casi no pudo llegar al acordeón.

- ¿De qué quieres hablar? – dijo el señor de los cuernos cuando el vehículo arrancó.

-Pues como le digo esto…sé que suena raro y que tal vez no me vaya a creer, pero hace una semana fui a una librería con un amigo – Felipe miraba la cara del señor de los cuernos, no parecía tan viejo, su piel era blanca y lisa, sin ninguna imperfección, y aunque los ojos tenían algo extraño no desentonaba con nada. Al igual que su impecable traje. Hasta los cuernos parecían comunes en esa situación – entonces un escritor que presentaba su libro dijo que el protagonista del mismo era un señor con cuernos… luego hablaron él y mi amigo y resulta que hace lo mismo que usted, desde ese momento no he podido quitarme de la cabeza que debo hablar con usted.

- ¿un escritor que narra sobre un señor con cuernos? ¿Qué me estás contando? – los dos se sujetaron de los tubos que había por toda la pared del lugar – primero me dices que tengo cuernos y luego que alguien escribe sobre mí. Ahora entiendo un poco más porque dices eso de que te suceden cosas extrañas.

- ¿entonces no es usted el mismo que protagoniza esa novela? - Felipe estaba esperanzado por una respuesta negativa.

-Tal vez lo sea, no recuerdo mucho de mi pasado. Quizá fui un personaje de alguna novela, pero ahora solo soy el que lee los libros que caen en sus manos. No necesito más.

-O sea que no sabe si de verdad viene de ahí o no… pero esa novela se

publicó hace una semana ¿Cómo puede decir que no recuerda?

-Pues quizá hasta ahora se publicó, pero puede que hace muchos años alguien la haya escrito. Como puedes ver, no soy tan joven como tú. – el señor de los cuernos sostenía con la mano izquierda el libro que estaba leyendo en la fila y con la derecha se agarraba de un tubo para no caerse.

- ¿Qué está leyendo? – preguntó Felipe.

-Oh, se llama 1Q84, es de un japonés que está todo loco. Pero confieso que me encantan sus novelas, las he leído casi todas. Al parecer es muy popular, llegan varios ejemplares a mi hogar – el bus no aguantaba una persona más en su interior, los de adentro no esperaban a salir y el señor de los cuernos estaba tan tranquilo como siempre. – ahora que mencionas la probabilidad de ser un personaje de un libro, recuerdo haber leído en alguna novela de Piedad Bonnet, ella no lo decía, sino que al margen había una nota, algo así como "la realidad es tan irreal como los ojos que la ven" – Felipe no entendía esa frase ¿por qué el señor de los cuernos se tomaba todo con tanta calma? – ¿no lo crees?

-Ahora no sé…quizá nunca he sabido en que creer. Todo es tan confuso, cuando pienso que estoy bien, llega algún suceso y me cambia la situación.

-La juventud es así, aunque no recuerde mucho de esos años, sí tengo claro que las preguntas atormentan a esa edad. Somos tan complejos, tenemos tantos defectos y tantas contradicciones, que cuando salimos de la inocencia de la infancia y comprendemos que los humanos tal vez no seamos tan divertidos, nuestra mente trata de que el choque no sea tan fuerte, pero nada lo puede evitar. Ni el tiempo, ni la realidad, ni siquiera el amor pueden escapar de ser descubiertas.

Los dos quedaron en silencio un momento. Las personas estaban o dormidas o viendo su celular, nadie ponía atención a la extraña conversación que se llevaba a cabo a mitad del Transmilenio. El vehículo andaba por toda la Caracas, una avenida llena de huecos, la administración los tapaba cada mes, pero estos no querían perder pelea. Los bogotanos ya se habían acostumbrado a saltar cuando pasaban por ella. Hasta se preguntaban cómo sería la Caracas sin huecos. Al silencio se le unió una oscuridad repentina. El Transmilenio seguía avanzando, pero sus luces estaban apagadas. El cielo se había cubierto por un manto de nubes tan grises que otro tono y ya serian negras. Dentro del vehículo las personas se veían borrosas, Felipe recordó la noche en el chorro de Quevedo, cuando vieron a ese grupo de personas sin rostro. ¿acaso ellos tampoco tenían un rostro? Regreso su vista al señor de los cuernos.

- ¿Sabe que está pasando? ¿Sabe por qué veo esta oscuridad, por qué las personas son tan borrosas? – Felipe soltó las preguntas con ansiedad, su corazón comenzó a palpitar fuerte.

- Somos tan complejos, Felipe. Aun te falta vida, te falta entender a los otros… pero primero, mi joven compañero, debes entender el porqué de tu existencia. ¿sabes por qué estás aquí?

- ¿por qué estoy aquí? ¿Qué quiere decir? – el Transmilenio seguía su camino, los pasajeros no decían nada y las luces seguían apagadas.

-Aunque yo sea un simple personaje de algún libro recién publicado, puedo comprender mejor lo que veo, ya que tuve tanto tiempo para entender mis pensamientos… también se deba a que mi juventud pasó hace mucho y ya no me preocupan esas cosas. Debes hacer lo mismo, tus preguntas no serán resueltas si te quedas esperando a que alguien te diga que hacer. Seamos lo que seamos, nuestra conciencia nos muestra un camino ¿cuál es tu camino?

- No sé cuál es mi camino. Solo sigo los que ya están por ahí, nunca me había preguntado hacia dónde quiero ir… trato de hacerlo, pero ahora no sé si funcionará.

De algún lugar se escuchó una voz asexuada que dijo “próxima parada: calle 72”

-Esa es mi estación. – al decir aquello, la luz volvió, las personas comenzaron a hablar y el ruido hizo a un lado a la oscuridad - ¿tu dónde te bajas?

-Supongo que ahí también.

-Aun sigues suponiendo.

El bus se detuvo. Las puertas se abrieron. Algunos salieron por las delanteras, otros por las traseras. Felipe fue empujado fuera del lugar, cuando pudo volver a tener control sobre su cuerpo, el señor de los cuernos se había marchado.

Capítulo 19

DIECINUEVE

FELIPE Y EL NARRADOR

Caminar por la calle 72 es toda una odisea. Hay personas por todos lados, hay vendedores que ponen sus productos a mitad de la acera y el paso se vuelve peligroso. Al salir de la estación el cielo seguía gris, la gente seguía mirando su celular y apenas colocaban atención a los demás, no sé cómo podían pasar la calle sin que un carro los atropellara. Y mientras camino mis pensamientos son como un río, el primero no es igual al segundo y el tercero no tiene nada que ver con nada. También siento que por fin estoy dando mis propios pasos, sin sentir que algo o alguien más me mueve hacia algún lugar. ¿qué haré ahora?

Felipe se dirige a Wilborada. No va a comprar ningún libro, no va a tomar café y mucho menos a alguna presentación de un autor. Solo se dirige al lugar porque no tiene dónde más ir. Lo que habló con el señor de los cuernos se le hacía lejano, aunque solo habían pasado unos minutos. Al llegar a la carrera 11 con calle 72 se detuvo. Los carros pasaban lentamente… la librería está a dos calles a la izquierda, pero el joven gira a la derecha, se dirige al centro comercial que queda detrás de una iglesia con un nombre horrible para escribirlo. ¿por qué va hacía ese lugar? ¿en su cabeza no está como destino el lugar donde se topó con ese escritor que había escrito sobre el señor de los cuernos? y es que hasta el mismo señor de los cuernos le había dicho que se dirigía hacia la librería, puede que todas las respuestas que busca estén en ese sitio, pero Felipe, queriendo controlar sus pasos se dirige a otro lugar, y del mismo modo en que iba hacia la librería sin saber por qué, su caminar iba al centro comercial sin saber por qué. No quiero saber nada del señor de los cuernos. ¿por qué no quieres saber más sobre el señor de los cuernos? Porque, así como él vive su día a día sin preocuparse por las cosas que pasaron anteriormente, yo quiero dejar de pensar en esas cosas extrañas que me pasaron. ¿No crees que encontrar respuestas hará la vida más ligera? ¿para qué quiero respuestas? ¿la vida no es acaso inexplicable? Es que ni siquiera recuerdo que hice en una semana de mi vida, y lo poco que tengo en la mente me dice que son cosas insignificantes, sin sentido para mí, si hay respuestas para la vida, pues las iré encontrando mientras la voy viviendo. Llegó al centro comercial, un lugar de tres pisos que tenía tiendas de ropa, cinema y hasta una librería. Se dirigió a los baños del segundo piso ¿ya había estado aquí antes? ¿Cómo conoce este lugar? ¿eres una voz en mi cabeza? ¿estoy alucinando del mismo modo en como

aluciné al ver a esas personas sin rostro? ¿Con quién estás hablando? Contigo.

Estuve pensando en escribir una novela, le dije a Jacobo después de habernos tomado unos tragos por el park way, acababa de terminar con Andrea y quería saber que pasaba por su cabeza, de mismo modo en como trataba de entender que había pasado por la mente de su ex novia, siempre me estoy haciendo preguntas del por qué la gente hace lo que hace, aunque tampoco entendía muy bien porqué esta fascinación por entender ambas partes ¿a mí para qué me servía? La noche nublada y fría hacía todo más lento. ¿y sobre qué? Pregunta mi amigo. Tengo a un personaje hace tiempo en la cabeza, se llama Felipe y vive en el centro, quisiera explorar varias cosas que pienso sobre la vida en la historia de él. ¿y eso cómo? Dice mientras nos detenemos en una esquina. Lo volteo a mirar y me doy cuenta que no está mirando nada en particular, el man sí que está triste. ¿Qué pasaría si comienzas a sospechar que no eres dueño de lo que haces o lo que te pasa? Le pregunto. Pues yo estaría viviendo más tranquilamente, así no me sentiría tan mal como en este momento. No esperaba esa respuesta, pero puede ser así, puede ser que quiero creer que alguien decide por mí, así toda mi vida, todas las cosas malas que he hecho no son mi culpa, no me sentiría tan mal como me siento. ¿Felipe pensaría lo mismo?

Capítulo 20

VOLVAMOS A EMPEZAR

¿Qué quieres hacer en este lugar? le pregunto a Felipe mientras él se queda viendo la entrada del baño. No sé, solo quiero hacer cosas por el simple hecho de hacerlas. ¿Eso es todo? ¿No crees que una vida sin preguntas es aburrida? Puede que sí, pero antes de llegar a Bogotá tenía una vida, estoy seguro de eso y aunque era aburrida y sin mucho que contar, era mía. Entró al baño. Dentro había una orgía de hombres, los primeros con los pantalones abajo, masturbándose y viendo la escena que ocurría delante suyo. Dos hombres estaban inclinados dando la espalda mientras otros dos los penetraban. Nadie emitía un solo ruido, la escena pasaba en completo silencio, Felipe se quedó quieto en la entrada, observando, nada ocurría fuera de ese baño. Los desconocidos seguían viendo, Felipe seguía viendo como esos hombres se unían en una acción simultánea, pero ¿era placer lo que sentían? Aunque no se podía ver sus rostros, la forma en cómo penetraban a los otros hombres era violenta, como si quisieran matarlos, como si soltaran todas sus frustraciones en ellos… quizá era eso lo que buscaban, descargar en otras personas esa vida que no habían escogido por voluntad sino porque era eso lo que esperaban de ellos. ¿y qué pasaba con los hombres que recibían todo ese odio? ¿estaban vacíos? ¿querían sentir algo? Tal vez solo quieren un poco de compañía… yo también me he sentido tan solo que he querido que alguien me viera, no me dijera nada, solo me viera y así podría sentir que de verdad estoy vivo. ¿si otros no nos ven entonces no existimos? Puede ser, es que me he dado cuenta que hasta el momento en que alguien me dijo que podía hacer algo por mi cuenta no me sentía vivo, se encendió en mí esa necesidad de ser visto, ni siquiera es el hecho de que me escuchen… porque las personas pasamos tanto tiempo con la cabeza gacha que no vemos las cosas que pasan a nuestro alrededor. La escena seguía, parecía como si todo estuviera congelado alrededor de ellos, el tiempo les daba ese momento para sentirse vivos. De repente Felipe salió del baño. ¿A dónde vas? Voy a mi casa. ¿no irás a la librería? No. Pero si ese es el lugar donde deberías estar, allá está el escritor, allá está el señor de los cuernos. ¿Por qué sigues insistiendo en ir hacia otro lado? Quiero un final para esta historia. Pues hazla tú, pero por mi parte, ya no voy a dejar que digas que voy hacer en el siguiente paso. Hay que volver a empezar, ya no sé cómo seguir. Haz lo que quieras, al fin y al cabo, solo soy el personaje de tu novela.

Capítulo 21

Que la vida pasara mientras escuchaba a su profesor hablar era más bien triste. Felipe estaba sentado al fondo del salón, la voz de su profesor era lejana, ni siquiera entendía qué estaba diciendo, seguro era algo sobre la corrupción y cómo no caer en ella. Luego sintió que ese momento y esos pensamientos ya los había tenido.